EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA POMPA DE JABON

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO.

MADRID.
OFICINAS; PEZ, 40, 2.°
1874.

LA POMPA DE JABON.

LA

POMPA DE JABON

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO.

Estrenada con éxito extraordinario
en el GRAN TEATRO DEL LICEO de Barcelona y en el de ROMEA las
noches del 28 de Noviembre y 13 de Diciembre de 1873.

ACTO PRIMERO.

Sala baja de un café, entrada al foro, puertas laterales, mesas, sillas, espejos, etc. Por la puerta del foro se deja ver la plaza cuando entra ó sale algun personaje, pues siempre debe estar cerrada.

ESCENA PRIMERA.

ESTANISLAO é HIPÓLITO mirando por la puerta de cristales del fondo. POMPEYO sentado cerca de un velador, leyendo un periódico; mozos de café, que van y vienen.

ESTANISLAO. Te digo que son ellas; conozco su manera de andar, y hasta el traje.

POMPEYO. De qué se trata?

HIPÓLITO. De dos señoras que acaban de pasar, y que Estanislao se empeña en que son la esposa de D. Leonardo y su hermana Balbina.

POMPEYO. Veamos; Estanislao tiene razon. (*Dirigiéndose á la puerta del foro.*) ¿Quereis una prueba convincente de que son ellas? Mirad quién las acompaña! Pascual, como de costumbre. (*Bajando al proscenio.*)

ESTANISLAO. Qué? Pascual hace el amor á alguna de sus primas? ¿A cuál de ellas? ¿A la soltera ó á la casada? (*Se sientan en el mismo velador ó mesa á la que estaba sentado Pompeyo, y uno de los mozos les sirve café y tabacos.*)

HIPÓLITO. Quién lo sabe? Tal vez á las dos. Es el mejor sistema!

POMPEYO. Pascual Corzo hace la corte á todas las mu-

jeres. Es un enamorado universal, hasta el heroismo... Nada le arredra! Ni aun la edad creo que le curará nunca de tal manía.

HIPÓLITO. Como tampoco le curará de la de alabarse á sí mismo en todas partes.

POMPEYO. Es lo único que saca de todas sus aventuras.

HIPÓLITO. En cuanto que sus primas le agraden, prueba que tiene muy buen gusto. Son dos bellas y simpáticas jóvenes, por las cuales el mismo Páris, en su juicio, se hubiera visto muy comprometido al tener que adjudicar la manzana de la preferencia.

POMPEYO. Yo, sin embargo, apuesto que Corzo inclina la balanza en favor de la más jóven, porque don Leonardo es muy celoso, de carácter irascible, é incapaz de tolerar la menor cosa en este punto, y nuestro buen amigo D. Pascual es la prudencia personificada... y lo contrario, seria una imprudencia que podria acarrearle grandes y graves consecuencias.

HIPÓLITO. Silencio... Aqui está ya Pascual. (*Viéndole abrir la puerta del foro.*)

ESCENA II.

PASCUAL y DICHOS.

(*Pascual les dá la mano y toma una silla de otra mesa formando corro con los demás actores.*)

PASCUAL. Buenos dias, amigos. Vosotros buenos? Yo tambien, gracias. Tenemos una mañana extraordinariamente fria. Corre un aire tan sútil, que se filtra por los poros. Esto templará, en cierto modo, los ardores de los bailes carnavalescos... Eh? qué tal? qué os parece la palabreja? *Carnavalescos!..* Y qué se dice de nuevo por la ciudad? Qué nos cuenta el Sr. Pompeyo? el hombre que todo lo sabe, que tiene al dedillo todas las aventuras que ocurren en la capital. Es V. verdaderamente una *Correspondencia* ambulante, con la sola diferencia que lo que estámpa *La Correspon-*

dencia rara vez suele ser verdad, y las noticias de V. siempre salen ciertas. Tiene V. solo más trastienda que todos los gacetilleros juntos!

POMPEYO. Para eso poco se necesita.

PASCUAL. Yo he tenido esta mañana una agradable sorpresa. Salí á pasear, como de costumbre, montado en *Ralp*, mi magnífico caballo tordo... ¿Habeis visto mi magnífico caballo tordo?

HIPÓLITO. ¿No es el que te puso una vez en el santo suelo, en medio del paseo, cuando estaba más concurrido?

PASCUAL. No, en el suelo, no; caí encima de un banco; solo toqué el suelo con las narices! Es un caballo que para manejarlo y dominarlo se necesita toda mi destreza! Pues, como decia; iba paseando, cuando de pronto distingo á una señora, sola, que caminaba aceleradamente, pero con una gracia en su modo de andar, un aire tan elegante, tan distinguido! con un gusto en la sencillez de su traje!...

HIPÓLITO. En suma, un sér ideal, fantástico...

PASCUAL. La curiosidad me incita á querer saber quién era aquella señora; meto espuelas á mi caballo para aproximarme á ellay salgo á galope; al ruido, se asusta, vuelve la cabeza... y veo á...

HIPÓLITO. A una vieja? A tu patrona?

ESTANISLAO. Alguna de tus amadas?

PASCUAL. Ah! no me hagais cometer una indiscrecion! Reconozco á la viuda de Pinedo.

HIPÓLITO. La saludaste, ella te contestó, y cada cual prosiguió su camino. ¿Es esta toda la aventura?

PASCUAL. Eso es, eso es! (*Muy gozoso.*)

POMPEYO. El nombre de esa señora me hace recordar una oportuna é ingeniosa ocurrencia que tuvo, ayer precisamente, al oir contar, en su prseencia, un suceso...

ESTANISLAO. Qué suceso?

POMPEYO. ¿Conoceis al banquero Ibarra ?

PASCUAL. Ya lo creo, pues si es el socío de mi primo político D. Leonardo.

POMPEYO. Ya sabeis que tiene una hija única...

PASCUAL. Sí, cabeza ligera, caprichosa, embutida de novelas francesas, pero con una buena dote en caja, embutida de apiñados billetes de banco.

POMPEYO. Pues bien; antes de anoche, esa jóven saltó las tapias del jardin para ir á casarse secretamente con un arruinado mozalvete.

ESTANISLAO. Será posible?

PASCUAL. Un rapto! Demonio! Hé ahi una de esas aventuras por las que me vuelvo loco! Ya he estado dos veces á punto de efectuar un rapto, con mujeres que me hubieran seguido hasta el infierno, si hubiese sido preciso... La primera vez...

ESTANISLAO. Prosigue. (*A Pompeyo.*) Decias que la señora de Pinedo... (*Sin hacer caso de Pascual.*)

POMPEYO. Cuando la viuda de Pinedo oyó contar el romancesco suceso de la señorita de Ibarra, esclamó, con aquella gráfica oportunidad que todos reconoceis en ella, y que tanto la distingue: «Saltar una pared para *huir* de un marido, lo comprendo; pero cometer semejante exceso para *buscar* uno, es lo que se llama un acto de locura!

HIPÓLITO. Sin embargo no deja de ser un epígrama un poco libre en boca de una señora.

PASCUAL. No lo encuentro tan mal! (*Sacando un pañuelo y haciendo en él un nudo.*) (Quiero recordar el epigrama, para repetirlo como si fuese mio.) Pues reanudando, la primera vez que estuve á punto de cometer un rapto... (*No le hacen caso.*)

POMPEYO. La señora de Pinedo ha sabido convertir su estado de viudez en una completa libertad.

PASCUAL. Pues la primera vez que... (*Haciendo esfuerzos para que le oigan.*)

POMPEYO. Y de ella fué de quien nuestro amigo Fernando estuvo enamorado como un loco. (*Sin hacer caso de Pascual.*)

PASCUAL. No me dejarán contar....,

HIPÓLITO. Fernando estuvo enamorado?
(*Siempre interrumpiendo á Pascual.*)

ESTANISLAO. Y creo que lo está todavía.

HIPÓLITO. Entonces ya me explico la causa porque no se deja ver en parte alguna.

PASCUAL. Yo os diré el porqué....

ESTANISLAO. Está claro, pasará todo su tiempo á los pies de la viuda!

PASCUAL. (No me deja, ninguno hablar!)

POMPEYO. Y estaba celoso como un turco!

ESTANISLAO. Fernando tiene los celos en la masa de la sangre!

HIPÓLITO. Pero, ella, le quiere bien?

POMPEYO. Estoy seguro que esta mañana, en el sitio donde Pascual la ha visto, estaba esperándole.

ESTANISLAO. De veras?

PASCUAL. Cá, no, no es posible! Vosotros no sabeis lo que ocurre? Hay novedades respecto á Fernando.

ESTANISLAO. Cuáles?

POMPEYO. Ah! mirad, él mismo llega en este momento, á justificar el proverbio que dice: «En hablando del lobo, la cola asoma.» Aquí está Fernando. (*Fernando que viene de la calle.*)

ESCENA III.

FERNANDO y dichos.

FERNANDO. Ola, mozo!

MOZO. Señor!

FERNANDO. ¿Ha venido el Sr. D. Leonardo Castillo?

MOZO. No señor, aun no le he visto, pero esta no es la hora en que acostumbra á venir.

FERNANDO. Nos hemos citado aquí... voy á esperarle á la puerta. (*Va á salir.*)

POMPEYO. Eh! un momento. Se escapan así los amigos? ((*Se levantan* y *le salen al paso deteniéndole.*)

FERNANDO. Dispensadme, estoy preocupado; no os habia visto; buscaba á D. Leonardo, que debe venir.

POMPEYO. No es una razon para huir de nosotros: le puedes esperar haciéndonos compañía.

ESTANISLAO. Chico, tú te has eclipsado! Quién te vé? Dónde te metes?

HIPOLITO. No quiero suponer que sea tu carrera de abogado la que te ocupa todo el tiempo!

FERNANDO. Tengo negocios.... que....

PASCUAL. Ah! si, un negocio importantísimo!

FERNANDO. (Cállese usted.) (*Bajo con fuerza.*)

PASCUAL. Eh!

FERNANDO. (Que se calle usted.) (*Dándole un pellizco.*)

PASCUAL. (Uf.)

POMPEYO. Pascual nos decia, precisamente en el momento que entrabas, que hay novedades acerca de tu persona.

FERNANDO. Pascual no sabe lo que se dice.
PASCUAL. (Gracias) Yo decia....
FERNANDO. (Basta!) (*Bajo y con energía.*)
HIPÓLITO. En suma, si tienes algo contra nosotros, y por ello te apartas de nuestra compañia, dilo con franqueza.
FERNANDO. Os juro que nada tengo.
HIPÓLITO. Estamos contínuamente lamentándonos de tu ausencia! La otra noche, en el baile de máscaras, tu antigua y predilecta diversion..... decíamos....
PASCUAL. A propósito de baile de máscaras. ¿No os he referido la extraordinaria aventura, que me sucedió en el último?
HIPÓLITO. Fernando, esta noche debes venir con nosotros.
ESTANISLAO. Seguramente.
PASCUAL. (No me dejan meter baza!)
POMPEYO. Tendremos una espléndida cena, dispuesta en un cuartito del restaurant....
HIPÓLITO. Habrá pavo trufado.—Pate de fois.—Burdeos, Laffite.—Champagne...
POMPEYO. Y media docena de virtudes domesticadas...
ESTANISLAO. A los postres, Pompeyo nos contará algunas palpitantes anécdotas.
POMPEYO. Y Pascual sus aventuras amorosas!
ESTANISLAO. Verás cuánto nos divertimos!
HIPÓLITO. Y viniendo tú, estará completa la compañía!
FERNANDO. Os doy las gracias, pero....
ESTANISLAO. Qué pero ni que manzana...
PASCUAL. Vámos dejadle en paz... Fernando no puede ir... Ese género de diversiones, ya han concluido para él.
(*Fernando le hace una rápida seña para que calle, pero Pascual no la nota.*)
POMPEYO. Por qué?
PASCUAL. Porqué... porqué... está para casarse.
FERNANDO. (Quieres callar.) (*Que ya ha pasado á su lado.*)
TODOS. Casarse! imposible!
POMPEYO. Con quién? Contra quién? El nombre de la cómplice?
FERNANDO. Pero, si Pascual, tiene ganas de bromear... No es verdad, no.

HIPÓLITO. Si, en efecto, estás inocente de lo que Pascual dice, prúebalo, viniendo con nosotros esta noche al baile de máscaras!

TODOS. A que no vá... á que no!

FERNANDO. Pues... iré, sí, iré.

PASCUAL. (¡Si lo llega á saber Balbina!)

HIPÓLITO. Bravo, bien. He aqui destruida la calumnia!

ESTANISLAO. Sabeis lo que pienso? Que Pascual acusa á los demás de aquellas ideas matrimoniales, que acaso él siente para sí.

POMPEYO. ¡Será muy posible! ¿Cuándo es la boda Pascual?

PASCUAL. ¡Casarme yo! Estais locos? y con quién?

HIPÓLITO. Como se hace el inocente! Como si todo el mundo no supiese que está ciego de amor, por su prima, la simpática Balbina.

FERNANDO. Ah! sí? (*Amenazándole.*)

PASCUAL. Protesto. (*Vivamente.*)

POMPEYO. No hay que negarlo. Te hemos visto, hace muy poco, acompañarla con un aire de verdadero enamorado!

FERNANDO. Si, eh? (*Disgustado.*)

PASCUAL. Protesto. (*Con fuerza.*) Y vuelvo á protestar... Yo pasaba casualmente... acababa de dejar mi caballo y las encontré... además, Balbina no iba sola...

POMPEYO. Es verdad, iba con su hermana. ¿Querrás, acaso suponer que seria Matilde, á quien tú?...

PASCUAL. Protesto, y archiprotesto. No, no quiero decir tal cosa! ¡Cuidado con esas bromas!

POMPEYO. Por lo demás, nada tiene de extraordinario. Las primas han sido creadas, á propósito, para ser adoradas de sus primos.

FERNANDO. (Tenemos que hablar!) (*Bajo á Pascual y con sequedad.*)

PASCUAL. Amigo D. Fernando, permítame usted que sea yo quien le ofrezca el café, yo tampoco me he desayunado! Suplico á usted que no rehuse mi ofrecimiento. (Es indispensable amansar á esta bestia feroz que está celosa.) (*Vase con Fernando.*)

ESCENA IV.

Los precedentes menos PASCUAL y FERNANDO.

ESTANISLAO. Ese pobre Pascual, es el primer simple que se pasea por el mundo!

POMPEYO. Me ocurre una gran idea, que si la llevamos á cabo, tendremos esta noche con que reirnos hasta la saciedad!

HIPÓLITO. Qué es ello?

POMPEYO. Ahora vereis. Mozo. (*Llamando.*)

MOZO. Señor!

POMPEYO. Tráeme, papel, tintero y un sobre.

MOZO. Al momento. (*Se va á buscarlo.*)

POMPEYO. ¿Quién de vosotros sabe imitar la letra de mujer?

HIPÓLITO. Yo.

POMPEYO. Pues siéntate.

HIPÓLITO. Pero que vais á hacer?

MOZO. Aquí está el papel y tintero.

POMPEYO. Está bien, ponlo sobre esta mesa, y tú Hipólito, siéntate aquí; y escribe un billete anónimo y misterioso, dando una cita de amor á Pascual para el baile de máscaras de esta noche.

HIPÓLITO. Ah! entiendo! excelente idea. (*Se sienta.*) Caerá en el lazo y nos dará la gran noche!

ESTANISLAO. Como vamos á reirnos!

HIPÓLITO. Empiezo. (*Escribe.*) «Caballero.»

POMPEYO. No, hombre, es preciso ser mas explícito! y algo romántico. Hay que ponerle una carta por el estilo de las que se leen en las novelas, ó en los romances.

HIPÓLITO. Le trato de tú, ó de usted?

POMPEYO. De tú, es lo corriente.

HIPÓLITO. Bien. (*Escribe.*) «Tú me amas, y yo te amo. Vivir sín tí me es imposible.»

POMPEYO. Perfectamente: (*Dictando.*) «Tengo necesidad de verte, de estar contigo, de oir de tus lábios, tus abrasadoras palabras de amor.»

HIPÓLITO. De amor. (*Escribiendo.*)

POMPEYO. (*Dictando*) «Te espero, por lo tanto, esta no-

che, en el baile de máscaras del Liceo» conviene adornar el estilo, aguarda. (*Dictando.*) «Te espero como la flor espera al sol que sale.»

HIPÓLITO. Que sale. (*escribendo.*) Ahora es necesario darle alguna señal.

ESTANISLAO. Y precisar un sitio para la cita.

POMPEYO. Es verdad. (*Dictando.*) «Llevaré un dominó negro con un lazo de cinta color de fuego, prendido en el hombro derecho.... y te esperaré despues de las doce, en el saloncito pequeño de descanso....» Así vá bien: Harémos vestir á una de nuestras acompañantas, y el pobre Pascual se volverá loco de amor.... ahora mete este billete en el sobre, ciérralo bien: Pon, con la misma letra, la direccion. «A D. Pascual Corzo....» perfectamente.

HIPÓLITO. Y ahora que hacémos? mandarlo por el correo interior?

POMPEYO. Quita allá.... Por el correo interior? Olvidas que estamos en España, y que lo recibirá mañana ó pasado mañana ó dentro de un mes? Mozo. (*Llamando.*)

MOZO. Señor!

POMPEYO. Oye: toma este billete, y se lo entregas al Sr. D. Pascual Corzo, ya tú lo conoces? está en aquella sala. Dile que te le ha traido un criado, sin librea, el que te ha encargado encarecidamente que no lo entregases mas que á la persona á quien viene dirigido, y en su propia mano: has entendido? Toma *(dándole una propina.)* para tí.

MOZO. Gracias, puede usted estar tranquilo, se hará tal como usted dispone (*vase con la carta,*)

ESTANISLAO. Ahora si que le oiremos alabarse. Quién le resistirá?

ESCENA V.

D. LEONARDO y DICHOS.

LEONARDO. (*Preocupado entrando por el foro.*) La camarera me ha dicho que mi mujer ha salido de casa, esta mañana; ¿Para qué habrá salido? Yo no soy

celoso, pero otro cualquiera en mi lugar querria saber á qué ha salido.)

POMPEYO. Buenos dias, señor D. Leonardo!

LEONARDO. Muy buenos, gracias.

POMPEYO. Y cómo se anda?

LEONARDO. Pst, se vive.

POMPEYO. No le pregunto á usted por la señora, por qué sé que goza de perfecta salud.

LEONARDO. Ah! sabe V?.... (*extrañándose.*)

POMPEYO. He tenido el gusto de verla esta mañana.

LEONARDO. En misa?

POMPEYO. No, en la calle.

LEONARDO. Y ha tenido usted la galantería de acompañarla?....

POMPEYO. No señor; porque ya iba acompañada de su primo D. Pascual.

LEONARDO. Ah! ya.... (siempre aquel majadero entre los piés.)

ESCENA VI.

PASCUAL que viene con el billete en la mano, detrás del mozo.... y DICHOS.

PASCUAL. (*Abriendo la puerta del foro para ver si distingue al que trajo el billete.*) Dónde está? donde está? Mira si le vés, y si puedes mandármelo....? (*Al mozo.*)

MOZO. No señor, se ha ido; se fué al momento que me dió la carta.

LEONARDO. (*Vuelve la cara porque siente frio.*) Eh, ciudadano, hágame usted el obsequio de cerrar esa puerta, entra una corriente de aire muy frio, y no quisiera constiparme.

PASCUAL. Ah! ¿eres tú Leonardo? vengan esos cinco! querido primo político. (*Apretándole la mano con gran satisfaccion.*)

POMPEYO. ¡Que aspecto tan animado trae usted!

ESTANISLAO. En efecto, la alegría le salta por los ojos!

LEONARDO. Es verdad. (Que traerá este majadero!)

PASCUAL. Amigos mios! la alegría no me deja hablar! una aventura! una sorprendente aventura... la

mas bella de las aventuras que puede jamás haberme sucedido!

POMPEYO. Cuéntela usted.

PASCUAL. Ahora?... ahora, no puedo... mas tarde. (*Con la idea de que D. Leonardo no se entere.*)

ESTANISLAO. Oh! se ha vuelto discreto! cosa rara!

PASCUAL. Es un deber en casos semejantes! (Y no quiero que Leonardo se entere.) (*Con gran importancia.*)

ESCENA VII.

FERNANDO y DICHOS.

FERNANDO. Ah! por fin ha llegado V., D. Leonardo. Hace una hora que estoy esperándole.

LEONARDO. He tenido que quedarme hasta ahora en la bolsa.

POMPEYO. Señores!... (*Saludando en ademan de irse.*)

HIPÓLITO. Espera, voy tambien contigo.

ESTANISLAO. Si vais á los pórticos os acompaño... Con que, adios, Fernando, hasta esta noche, eh?

FERNANDO. (*Impaciente.*) Sí, sí.

ESTANISLAO. Has dado tu palabra; te esperamos. (*Vanse,*)

ESCENA VIII.

FERNANDO, LEONARDO y PASCUAL.

LEONARDO. ¿Dónde se va esta noche?

PASCUAL. Al baile de máscaras del Liceo.

LEONARDO. Usted, Fernando? Esos sitios ya no debe usted frecuentarlos.

PASCUAL. Pero como lo ha prometido!

FERNANDO. Por culpa de V., hablador sempiterno. (*A Leonardo.*) Ya sabe V. que yo no quiero que se hable de mi matrimonio hasta tanto que sea un hecho, y este caballero va á descubrirlo en presencia de Pompeyo, que es lo mismo que haber fijado un cartel en todas las esquinas de la ciudad. Yo lo he negado, y para probarles que

era verdad mi negativa, les he dado palabra de ir con ellos esta noche al baile de máscaras, pero figúrese V. si pondré yo en él los piés... cá, de ningun modo.

LEONARDO. Siendo así, menos mal...

PASCUAL. Yo no sabia que... (*Tratando de disculparse.*)

FERNANDO. Con que hable V., D. Leonardo, se lo suplico. Yo espero mi sentencia. En este tiempo que he estado esperándole los instantes me parecian siglos. (*Pascual se retira á un lado, saca el billete y lo lee con muestras de alegría.*)

LEONARDO. Hubiera querido venir antes, pero como ya le he dicho á V., he tenido que quedarme en la Bolsa, á causa de la desgracia ocurrida á la familia de mi socio Ibarra... ¿Sabe V. la desgracia del pobre Ibarra?

FERNANDO. Sí, sí, pero hablemos de nosotros, por caridad! ¿Ha hablado V. á Balbina? ¿Me trae V. una respuesta definitiva?

LEONARDO. He hablado con Balbina, y le traigo á V. la respuesta.

FERNANDO. Pues dígamela V. al momento. ¿No está V. viendo que estoy temblando de impaciencia?

ESCENA IX.

UN DEPENDIENTE y DICHOS.

(*El dependiente habla con el mozo del café.*)

MOZO. Sr. D. Leonardo?

LEONARDO. ¿Qué ocurre?

MOZO. Aquí preguntan por V.

LEONARDO. Quién? (*Viendo al dependiente.*) Ah! sí, voy (*Al dependiente haciéndole señal de que espere.*) al momento. Fernando, tenga V. un poco de paciencia por unos instantes; este es un dependiente de mi socio Ibarra, que me trae una contestacion importante. Al momento soy con V. (*A Fernando.*)

FERNANDO. Bien. (¡Qué fastidio!)

LEONARDO. (*Al dependiente.*) Vamos, diga V. (*Se retiran un poco al fondo para hablar.*)

PASCUAL. (*A Fernando.*) Deseaba con ansia poder hablar libremente con V. unos instantes... V. es entre todos mis amigos el predilecto.

FERNANDO. Muchas gracias. Pero...

PASCUAL. Yo vengo á dar á V. una prueba de ello, por la cual se convencerá plenamente de que yo no abrigo intencion alguna agresiva contra V. ni contra mi prima Balbina... Oh! son otros los amores, otras las conquistas que á mí me satisfacen! Tome V. (*Dándole el billete, pero quedándose con el sobre.*)

FERNANDO. ¿Qué quiere V. que haga yo con esto?

PASCUAL. Es un billete que he recibido hace muy poco por manos de un misterioso portador. Léalo V... solo me recomiendo á su discrecion... son cosas delicadas!... comprende V... eh? (*Con aire de satisfaccion y de importancia.*)

FERNANDO. Una cita para esta noche en el baile de máscaras?

PASCUAL. Precisamente. Pero de una mujer que me ama, que me adora... ya lo vé V... «tú me amas, y yo te amo... nos amamos...» mas claro no puede decirse...

FERNANDO. Y á mí qué me importa?

PASCUAL. Ya, pero... (*Siguen hablando bajo.*)

LEONARDO. (*Al dependiente.*) Está muy bien. Vaya V. y diga á su principal, que estaré en su casa á la hora convenida, acompañado del abogado.

DEPENDIENTE. (*Saluda y vase.*)

LEONARDO. (*Bajando.*) Querido Fernando; mi sócio Ibarra me manda decir que necesita de mis consejos, y de los de mi abogado, para consultar sobre su desgraciado asunto; usted vendrá como abogado? eh?

FERNANDO. (*Impaciente*) Bien, sí, pero...

LEONARDO. Nos espera dentro de dos horas en su casa... El raptor de su hija ha hecho ciertas proposiciones al padre y...

FERNANDO. Pero, D. Leonardo, deje V., por Dios los negocios de los otros, por un momento, y hábleme V. del mio (*Fernando distraidamente se guarda el billete que le dió Pascual, en el bolsillo del gaban.*)

PASCUAL. Se guarda mi billete, en el bolsillo! ¡eh, pst,

pst. (*Haciendo señas á Fernando, que éste no repara, para que le devuelva el billete.*)

LEONARDO. Balbina á quien he interrogado, me ha confesado que abriga por V. los mismos sentimientos de cariño, que V. por ella.

FERNANDO. Sí? Oh que felicidad! V. me abre las puertas del paraiso! Con que será mia? Querido cuñado, permítame V. que le dé un abrazo! (*Abrazándole.*)

PASCUAL. (No mira.) (*Haciéndole señas.*)

LEONARDO. Tranquilidad... tranquilidad!... Es preciso tomar con calma las cosas... Imiteme V. Si; Balbina será de V., y yo le asignaré de dote...

FERNANDO. No quiero oir hablar de eso... Yo á quien quiero es á Balbina, y no á su dote.

LEONARDO. Está muy bien; pero como soy su cuñado, y quiero dar á V. una prueba...

FERNANDO. Ella no tiene nada ; y yo no puedo permitir que V. se despoje...

LEONARDO. Que despojar... que despojar! ¿Me cree V. tan tacaño, que no quiera regalar...

FERNANDO. Pero si yo no quiero regalos.

LEONARDO. Y yo quiero hacerlos...! Voto á!... No puedo yo disponer de lo mio? (*Incomodado.*)

FERNARDO. Bien; no hay que incomodarse!

LEONARDO. Diablo! me hará V. salir, á pesar mio, de aquella calma que me es tan habitual!

PASCUAL. (Si, buena calma te dé Dios!)

LEONARDO. Con que estamos entendidos. Le asigno, veinte mil duros de dote.

FERNANDO. Pero...

LEONARDO. No hay pero que valga. No se hable mas. Balbina le ama á V. sinceramente, y espero que V. sabrá corresponder á su cariño!

FERNANDO. Lo juro.

LEONARDO. Usted tambien ha tenido, como todos, sus pasadas aventuras, no le culpo á V.... mas espero que de hoy en adelante.... su conducta de V., será ejemplar...

FERNANDO. Ni una palabra más, se lo suplico á V., amo á Balbina con toda la vehemencia de mi corazon.

LEONARDO. Bien, basta: Balbina es una buena muchacha, un poco viva, eso si, un poco caprichosa,

pero de bellos sentimientos. Tiene el mismo carácter que su hermana Matilde, y sin embargo, hace seis años que estoy casado con ella, sin que la mas ligera nube, haya turbado la calma de nuestro horizonte... Es verdad que mi carácter dulce... Qué haces tú?

(*Bruscamente al ver á Pascual que vá tras ellos, para advertir á Feruando que le devuelva la carta, agitando el pañuelo.*)

PASCUAL. Yo? nada... un moscardon; (*disimulando.*) Ya lo maté. (*Figurando pisarlo.*)

LEONARDO. ¿Por qué estás escuchando nuestra conversacion? Esto es un abuso de confianza!

PASCUAL. Yo no escuchaba... En caso; oia.

LEONARDO. Vete, déjanos.

PASCUAL. Es que queria decir á D. Fernando...

LEONARDO. Ya se lo dirás despues... Ahora, vete... (*Encolerizado.*)

PASCUAL. Ya me voy. (Volveré por el billete.) No me alejaré (*Se aleja á la derecha.*)

LEONARDO. Ese indiscreto, me ataca los nervios.... Yo no soy celoso, pero su conducta y sus pretensiones de galanteria, me inspiran ciertas dudas...

FERNANDO. Pues á decir lo que siento, tambien á mi me las inspira...

LEONARDO. Ah! si? Con que ha notado V.? (*Con interés.*)

FENRANDO. No, pero su franqueza con las primas...

LEONARDO. Justo, es demasiada: No hay una sola vez que salgan á la calle que no tropiezen con él.

FERNANDO. Es cierto que es un pobre tonto...

LEONARDO. Si, pero esta no es una razon, para no gustar á las mujeres, ya sabe V. el refran, «Donde menos se piensa salta la liebre!»

FERNANDO. De todas maneras, estaré sobre aviso.

LEONARDO. Y yo... porque conmigo no juega!

FERNANDO. Pero volvamos á mi asunto ¿Cuando cree usted que yo puedo presentarme en su casa de usted?

LEONARDO. Al momento, y yo mismo le acompañaré. Estoy persuadido que Balbina le estará esperando.

FERNANDO. Y sin embargo, me está V. entreteniendo? apresurémonos. (*Se dispone á salir.*)

PASCUAL. Eh! D. Fernando, un momento... (*Corriendo trás él.*)

FERNANDO. Ahora no puedo detenerme.

PASCUAL. Es que solamente quiero... (*Siguiéndole.*)

LEONARDO. Hombre no seas pesado... (*Deteniéndole.*) déjanos en paz. (*Sale con D. Fernando.*)

PASCUAL. Y se lleva mi billete! Solo tengo el sobre. (*Enseñándole.*) En fin ya lo recojeré; no me hace gran falta, y no quiero que se entere de esta aventura mi primo Leonardo... además que me lo sé de memoria... «Tú me amas... y yo te amo.. vivir sin tí, me es imposible... Tengo necesidad de ver al sol... no, tengo necesidad de estar al sol, no, no es eso, tengo,... tengo... no; no tengo. A ver... (*Como repasando en la memoria muy aprisa,*) «Tú me amas, y yo te amo... vivir sin tí, me es imposible..... tengo necesidad..... no me acuerdo de qué tiene necesidad... Te espero esta noche en el baile... te espero como el sol espera,... no,... como la flor espera, no sé si es el sol, ó es la flor la que espera, pero uno de los dos estaba esperando... Esto es seguro. En fin yo tambien esperaré la hora de la cita. «Yo te amo, y tú me amas, te espero como la flor... (*Se vá recitando de memoria el contenido del billete.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Leonardo, muebles elegantes, puerta al foro: en primer término de la derecha el gabinete de Matilde; en segundo el de D. Leonardo; á la izquierda, primera puerta, gabinete de Balbina; segunda puerta que conduce á una escalera excusada sofá á la derecha, velador á la izquierda, chimenea entre las dos puertas de la izquierda. Por derecha é izquierda entiéndase del actor.

ESCENA PRIMERA.

BALBINA y FERNANDO, sentados á la izquierda al lado del velador; D. LEONARDO de pié, cerca de ellos; MATILDE sentada en el sofá leyendo un periódico.

LEONARDO. (*Echando cómicamente una bendicion.*) Si, hijos mios, yo os bendigo, como diria un padre de comedia. Yo me complazco en vuestra felicidad. Mañana por la noche firmaremos el contrato.

FERNANDO. Cuán dichoso me considero!

BALBINA. Pues y yo, Fernando?

FERNANDO. Con que de veras, de veras, me ama V?

BALBINA. ¿Y V. me lo pregunta? incrédulo!.., (*Siguen hablando bajo.*)

LEONARDO. (*Acercándose á Matilde.*) Qué bello espectáculo! eh? ¡Esto no te recuerda los dias que precedieron á nuestra boda?

MATILDE. Sí, pero estas escenas, son mucho mas bellas para quien las hace que para quien las escucha!

FERNANDO. Tengo aun necesidad de jurar que la amaré á V. toda mi vida?

BALBINA. Si V. no tiene necesidad de jurarlo, yo tengo necesidad de oirlo, para poderlo creer.

FERNANDO. Qué, acaso lo dudaría V?

BALBINA. No, pero soy algo caprichosa y... ah! V. no conoce todavía mis defectos!

FERNANDO. Defectos! Esa palabra no puede pronunciarse, tratándose de V.

BALBINA. Pues, sí; soy caprichosa y obstinada en mis resoluciones y en mi voluntad. Y ahora mi voluntad, quiere ser amada de V., y mi capricho, oírmelo decir contínuamente.

FERNANDO. Mi querida Balbina!

BALBINA. Ah! y soy muy celosa, sépalo V., muy celosa!

FERNANDO. Ah!, en cuanto á eso, yo tambien lo soy mucho! (*Siguen hablando bajo.*)

MATILDE. Este periódico habla del baile de máscaras que dan esta noche en el Liceo, y anuncia que estará muy brillante y muy concurrido. Yo no he visto nunca un baile de máscaras, y tendria sumo gusto en asistir á uno.

LEONARDO. Es una curiosidad que no debe satisfacerse.

MATILDE. Por qué? No me parece que haya nada de malo en ir á un baile de máscaras!

LEONARDO. Ni de bueno.

MATILDE. Por una vez?

LEONARDO. Te digo que aquél no es un sitio al que debe concurrir una mujer casada, ni viuda.

MATILDE. Pues yo conozco á muchas casadas que han ido, y que van... La otra noche Paulina, la esposa de Prieto me contaba cuanto se habia divertido en el último; y que la viuda de Pinedo se habia presentado con un traje de capricho que llamaba la atencion... ya ves, dos ejemplos!

LEONARDO. Ah! la viuda de Pinedo; buen ejemplo sacas! Lo oye V. Fernando? V. que la conoce, puede decir si sus costumbres deben imitarse!

BALBINA. Ah! V. conoce mucho á esa señora? (*Vivamente á Fernando.*)

FERNANDO. Yo? Un poco (¡De qué demonios se le ocurre hablar á este hombre!)

BALBINA. Dicen que es muy hermosa!

FERNANDO. No es gran cosa! pero hablemos de nosotros. Cuando estoy cerca de V. Balbina, todo el resto del mundo, no existe para mí. (*Siguen hablando bajo.*)

MATILDE. Serias muy bueno, y muy amable, querido esposo, en acceder á este deseo! (*Á Leonardo con quien estaba hablando.*)

LEONARDO. (Um... por qué tendrá tanta insistencia?

MATILDE. Sabes que no he sido nunca exigente, y por eso debias hoy condescender. Iremos juntos, tú me acompañarás... llevaremos un dominó, y la máscara puesta, y nadie del mundo sabrá que hemos ido. ¿Quieres?

LEONARDO. (*Colérico.*) No puede ser, y basta: Ya me conoces, cuando digo nó, ha de ser nó, y quiero que sea nó!

MATILDE. ¡Pero hombre, no hay motivo para ponerse de esa manera!

LEONARDO. (*Calmándose.*) Qué diantre! Es que con tus caprichos y extravagancias, me expones, á cada momento, á perder mi calma habitual.

ESCENA II.

Dichos y PASCUAL que trae dos ramilletes en la mano.

PASCUAL. Se puede? (*En la puerta.*)

LEONARDO. (Este tonto nos faltaba!)

FERNANDO. (Oh! que fastidio!)

MATILDE. Adelante.

PASCUAL. El criado queria anunciarme, pero yo le he dicho, cállate, zopenco; aun cuando sorprenda á las dos palomas arrullándose, no importa; yo soy de la familia!

LEONARDO. (*Bruscamente.*) Has dicho una majadería, como de costumbre.

PASCUAL. Adios primo!

MATILDE. (Pobre diablo, siempre le estás poniendo en ridículo!) (*Bajo á Leonardo.*)

LEONARDO. Porque es un tonto (parece que lo siente!) (*Porque ha visto en Matilde un gesto de disgusto.*)

MATILDE. Buenas tardes, Pascual, acércate y siéntate á mi lado, en el sofá. (*Con amabilidad.*)

PASCUAL. Gracias. Voy al instante. He venido á cumplimentar á mi adorable prima Balbina, tomándome la libertad de ofrecerle este sencillo ramillete, como débil prueba de mi sincera felicitacion!

BALBINA. Gracias, Pascual. (*Tomando el ramillete.*)

FERNANDO. ¡Es muy galante el Sr. Pascual! (*Disgustado.*)

PASCUAL. Oh! no vale la pena!... es solo un pobre y humilde ramillete, (¡Qué ojos de basilisco me echa! Es un animal celoso!) (*A Matilde.*) Y tú amable Matilde, permite tambien, que te ofrezca, este otro... (*Enseñándole el ramo.*)

LEONARDO Gracias, ¡Es muy galante el Sr. Pascual! (*Tomando con mal gesto el ramo.*)

PASCUAL. Oh! tanto favor! (¡Otro que tambien me pone la cara de vinagre!... Estoy entre dos Otelos... Daniel en medio de los leones, (*Mirando á Matilde y Balbina.*) y de dos leonas!)

(*Va á sentarse en el sofá al lado de Matilde, don Leonardo se sienta al otro extremo del mismo sofá, pero acercándose á Matilde y casi no dejando sitio para Pascual que está entre Matilde y Leonardo sin poderse apenas mover.*)

MATILDE. Aquí Pascual. (*Indicandole el sofá.*)

PASCUAL. Aquí me tienes ya, queridísima prima! (*Ahora se sienta.*)

MATILDE. Vaya, cuéntame algo de nuevo, tú que vives en el centro del mundo elegante. Qué hay?

PASCUAL. Por ahora, nada se dice, nada ocurre, á no ser lo que naturalmente trae consigo la última semana de Carnaval.... carruajes, máscaras y bailes en todas partes; y á propósito de bailes, aun no te he dado mi enhorabuena, por el elegante traje que llevaste al baile de sociedad que dió el gobernador civil.

MATILDE. Te gustó?

PASCUAL. Extremadamente. La admiracion de toda la concurrencia: te diria que fuiste la reina del baile!

LEONARDO. (¡Adulador!) (*Impaciente.*)

MATILDE. Te burlas? (*Con sencillez.*)

PASCUAL. Te digo la verdad, repito lo que todos decian.

LEONARDO. Oh! basta ya de cumplidos! basta. (*Con mal gesto y peor modo.*)

PASCUAL. Basta pues: ¿Quereis oir una graciosa aventura que me aconteció en el baile de máscaras del Circo? porque no hay nada mas hermoso que un baile de máscaras... figuraos un salon lleno de luces, de hermosuras... diáfanas... de mujeres...

LEONARDO. Si, eh? (*Dándole un fuerte pisoton.*)

PASCUAL. Ay! el callo! uf que pisoton. (*Levantándose de un salto.*)

LEONARDO. (*Llevándosele á un lado.*) (¡A qué diablos te se ocurre hablar de bailes de máscaras!)

PASCUAL. (Pero...)

LEONARDO. (Cállate ó ay de ti!) (*Con voz hueca.*)

PASCUAL. (Pues señor, callaré ¡porque no querrá que hable! Ay! el callo, cómo sudo!)

(*Saca el pañuelo para limpiarse la frente, y encuentra el nudo que hizo en el acto primero, lo mira dudoso, como queriendo recordar para qué lo hizo.*)

(Para qué hice yo este nudo?... ah! ya lo recuerdo, ¡el epígrama! de la viuda de Pinedo.) (*Vuelve al lado de Matilde.*) ¿Conoceis el suceso ocurrido con la hija del banquero Ibarra? que se escapó, saltando las tapias del jardin?...

MATILDE. Si, el pobre padre está inconsolable.

PASCUAL. Pues bien, yo ayer al oirlo contar, tuve una oportunísima ocurrencia: dije... graficamente, dije (á ver si me acordaré) Ah! si; dije. «Saltar un muro para *huir* de un marido, se comprende, es natural; pero para ir á *buscarle*, es inconcebible... es un acto de locura! ja, ja» ¿es verdad que estuve oportuno? ja, ja... (*Viendo que nadie se rie.*) (Me parece que no he hecho gracia!)

LEONARDO. Eso es una bestialidad! (*Colérico.*)

PASCUAL. Eh! Cómo?...

(*Se vuelve al lado opuesto y se encuentra frente á Fernando que tambien le dice con mal tono.*)

FERNANDO. Si, una bestialidad!

PASCUAL. Oh! (me he lucido!) Ah! ¡El uno es marido, el otro vá á serlo! Tienen razon, ha sido una bestialidad!)

LEONARDO. Fernando, Ibarra nos estará esperan-

do, es ya la hora, vámonos? (*Mirando su reloj.*)

BALBINA. (Qué, ya me quiere V. dejar? (*Bajo á Fernando.*)

FERNANDO. Es preciso; D. Leonardo me ha comprometido á ir con él, y no puedo, ni debo desairarle, pero volveré, lo más pronto que me sea posible.

LEONARDO. Y tú, Pascual, no vienes?

PASCUAL. Yo?.. si lo quieres?... Tengo que pedir á D. Fernando... (*Cogiendo el sombrero.*)

MATILDE Cómo! tú tambien nos abandonas?

PASCUAL. Yo? abandonarte? no, eso jamás. (*Dejando el sombrero.*)

LEONARDO. Con que vienes, Pascual? (*Ya en el foro con Fernando.*)

PASCUAL. No. Vayan Vds.: yo me quedo. (Luego le pediré la carta.)

LEONARDO. (Porqué querrá quedarse! No soy celoso... no,... pero volveré lo más pronto que pueda.) (*Sale con Fernando, Balbina ha ido á despedirle hasta la puerta.*)

ESCENA III.

MATILDE, BALBINA y PASCUAL sentado en el sofá al lado de MATILDE, BALBINA en el sillon de la izquierda.

MATILDE. Hazme un favor, Pascual.

PASCUAL. Habla, ya sabes que siempre estoy dispuesto.

MATILDE. Dame una idea de lo qué es un baile de máscaras en el Liceo.

PASCUAL. (Diablo!) Querida prima, si te fuese indiferente, me gustaria más hablar de otra cosa, que de bailes de máscaras.

MATILDE. Por qué?

PASCUAL. Porqué, cuando hace poco, yo, inocentemente, iba á decir dos palabras sobre el baile de máscaras del Circo, tu marido, puf, me dió un pisoton, que casi me aplastó un pié, y con una voz muy hueca, me dijo, por lo bajo,... Calla, ó ay de ti! y francamente, no quisiera ponerme mal con él, ya sabes que tu bendito esposo, con toda la calma habitual que, dice tener, se exalta con una facilidad extraordinaria, y que gasta malas pulgas....

MATILDE. ¿Y crees tú, que yo iria á repetir á mi marido, aquello que tú me contases?

PASCUAL. No, pero...

MATILDE. Ademas, que no puedo entender porqué Leonardo me niega absolutamente una cosa tan insignificante. Figúrate, Pascual, que yo no he estado nunca en un baile de máscaras, y que tengo un vivo deseo de ver uno de los del Liceo, porque son tantas las cosas que oigo contar? Te parece que esto sea malo?

PASCUAL. No por cierto.

MATILDE. Pues, Leonardo se ha puesto, al oir mi peticion, hecho una furia. Dice que una mujer casada, no debe asistir á esa clase de diversiones...

PASCUAL. Oh! Si tuviese yo una onza por cada mujer casada que va á los bailes! Yo conozco un gran número de ellas que no se desdeñan en ponerse, mas de una vez, el dominó, ni bailar una polka con su propio marido; mil ejemplos podia citarte. La elegante viuda de Pinedo cuando casada no faltaba á ningun baile, acompañada de su esposo y al año de viuda ha vuelto á ellos; precisamente en el último, se presentó...

BALBINA. Y tú, Pascual, conoces á esa señora? (*Con interés interrumpiéndole.*)

PASCUAL. Quién no la conoce? Esta mañana la he encontrado paseando, y hemos cambiado mútuamente un saludo muy afectuoso, y muy cortés.

BALBINA. Y qué clase de persona es, esa señora?

PASCUAL. Es una viuda, jóven aun, muy bella y muy amable, caprichosa, eso si, pero de mucho ingenio, de carácter alegre... Oh muy alegre! de *Sprit*, como decimos los franceses...

BALBINA. Tu eres francés? (*Con extrañeza.*)

PASCUAL. No, manchego... pero el trato con ellos...

BALBINA.. Ah! ya! (*Riéndose*)

PASCUAL. Rubia como el sol, de ojos rasgados y negros, como la noche: capaz de hacer perder el sentido al mismo Caton. Es una de aquellas mujeres que se llamarian ángeles, si no fuesen unos verdaderos diablillos! (*Suspira.*) Ay...! ay...! qué viuda!

BALBINA. Qué entusiasmo!!

ESCENA IV.

Un criado anunciando, despues POMPEYO y dichos.

CRIADO. El Sr. D. Cárlos Pompeyo.
MATILDE. Que pase.
(*El criado levanta el portier y se presenta Pompeyo, saludando y dando la mano á Matilde.*)
POMPEYO. Matilde.
MATILDE. D. Cárlos!
POMPEYO. Vd. buena?
MATILDE. Bien, gracias, y usted?
POMPEYO. Siempre á los piés de V..... Balbina! (*Saludándola y dándole la mano.*)
BALBINA. Gracias.
MATILDE. Sírvase V. tomar asiento.
POMPEYO. Gracias. ¿Y es así, como trata V. al Carnaval? ¡Siempre tan retirada? (*Sentándose en el sofá al lado de Matilde.*)
MATILDE. Oh! el Carnaval y yo no estamos en gran intimidad. Apenas nos conocemos de vista.
POMPEYO. Malo!
(*Pascual se ha ido á sentar al lado del velador, á la izquierda de Balbina.*)
PASCUAL. Malísimo, digo yo. Una señora jóven, como Matilde, abandonando todas las diversiones! está muy mal hecho.
MATILDE Las diversiones, nada pierden con mi ausencia.
POMPEYO. Ah! señora, yo creo que pierden mucho! (*Con galanteria.*)
MATILDE. Y yo tampoco pierdo nada, porque las farsas del mundo, no me divierten gran cosa.
POMPEYO. Oh! Esa es una especie de misantropía!
PASCUAL. Yo no soy así. No hay diversion, ya sea grande ó sea pequeña, á la que yo no asista. Así es, que siempre tengo dispuesto mi frach negro y mi corbata blanca...
POMPEYO. El frach negro de V.? ya lo creo! como que es V. el indispensable! Y en verdad que este sospechoso hastio de fiestas, se vá estendiendo

hoy dia entre las jóvenes de una manera lastimosa; si esto sigue, no verémos ya en los bailes, mas que respetables arrugas, y venerables y peladas calaveras! Aun, en los hombres, la pretension de parecer graves y sérios, mata el buen humor, y quita aquella atmósfera de indispensable alegría, que para los jóvenes era su vida, y casi un deber de la naturaleza... Puedo citar varios ejemplos de amigos que han dado en esa monomania!... Sin ir mas léjos, el jóven abogado Fernando Alvarez....

BALBINA Qué?

(*Haciendo un movimiento, Matilde le hace señas para que disimule.*)

POMPEYO. El era, no hace mucho, el más alegre, el más incansable bailarin, el mas galante de nuestra juventud; no es verdad, D. Pascual?

PASCUAL. Si es verdad.

POMPEYO. Pues, casi repentinamente, ha cambiado, apoderándose de él, el mas completo hastio del mundo, y un decidido amor á la soledad. En todo este Carnaval, no le hemos visto ni un solo dia, y la primera vez que irá, como en los pasados tiempos, á tomar parte en nuestros solaces, será esta noche al baile de máscaras del Liceo.

BALBINA. Qué hoy irá al baile? (*Sin poderse contener.*)

POMPEYO. Sí, señorita. Al menos, así nos lo ha prometido esta mañana. ¿No es cierto, Pascual?

PASCUAL. Es cierto. (Este por hablar vá á meter la pata.)

MATILDE. Parece imposible!

POMPEYO. Imposible! Porqué?

MATILDE. Oh! lo digo, porque... como acaba V. de decir que D. Fernando no iba ya á diversion alguna...

POMPEYO. Eh! Eso, tambien puede depender de las órdenes superiores que le sean comunicadas!..... (*Sonriendo*).

MATILDE. Ordenes superiores!

PASCUAL. (A que la mete?) (*Impaciente.*)

POMPEYO. No me comprende V.?... Pues si lo sabe todo el mundo!... Fernando está atado al carro de una belleza prepotente.

PASCUAL. (Pum: Ya la metió!)

BALBINA. (Oh! Dios mio!) (*muy bajo.*)

POMPEYO. Aquella dulce tirana, le habria prohibido, hasta ahora, el frecuentar las reuniones; y le habrá dado permiso para ir esta noche al baile!

BALBINA. (¡Infame!)

MATILDE. En fin, los secretos de D. Fernando no nos interesan... (*Tratando de cambiar la conversacion.*)

BALBINA. (*Disimulando*) Déjale hablar... Siga V., siga usted; así cuando venga D. Fernando, le darémos un rato de broma, y le apurarémos... ¿Esa belleza...? Seria, por casualidad, la viuda de Pinedo?

POMPEYO. La misma.

PASCUAL. (Púm, estalló la bomba! El trueno gordo!)

BALBINA. (¡Pérfido!)

(*Levantándose agitada, Matilde se acerca á ella, todos se levantan.*)

MATILDE. (Disimula! Calma, no dés que sospechar.)

BALBINA. (¡Oh! el corazon me dice que es verdad, que Fernando es un traidor!) (*Cayendo en el sillon.*)

POMPEYO. Qué tiene V., Balbina? (*Acudiendo á Balbina.*)

MATILDE. (*Interponiéndose.*) No se siente muy bien,... el tiempo,... ha tenido un ataque de nervios. . yo tambien tengo una jaqueca que me está molestando bastante.

POMPEYO. (¡Entiendo!) No quiero ser indiscreto..... Sentiria mucho que mi visita, hubiese podido agravar... y pido á V. mil perdones.

MATILDE. Nada de eso!...

(*Balbina al fondo, sentada ocultando el rostro, Matilde se acerca á ella para confortarla.*)

POMPEYO. (*Bajo á Pascual.*) (Qué pasa aquí? puede V. explicarme?...

PASCUAL. (*Bajo á Pompeyo.*) (En dos palabras: que Fernando vá á casarse con Balbina.)

POMPEYO. (¿Y sabiéndolo V., porqué no me lo advertia? porqué me dejaba hablar? (*Muy incomodado.*)

PASCUAL. (Y qué podia yo hacer? Taparle á V. la boca?)

POMPEYO. (*Desesperado.*) (Es V. un imbécil. Me ha comprometido V. con Balbina.) Señoras deseo á ustedes un pronto alivio. (*Saluda y vase.*)

PASCUAL. (¡Esto si que tiene gracia! Y me llama imbécil, cuando la imbecilidad ha sido suya!.. ¡Imbécil á mí!... Le pediré una satisfaccion!)... (*Se cala el sombrero á lo maton, y se dirige resueltamente hacia la puerta, de pronto se para y dice cambiando de tono:*) Si me lo dice otra vez.

ESCENA V.

PASCUAL, MATILDE y BALBINA.

MATILDE. Vamos, Balbina, no hay que dar importancia á las palabras de ese hablador!

BALBINA. Ay de mí! A pesar mio, el dolor me dice que son verdaderas!

MATILDE. No seas niña. Razonemos un poco. ¿Cómo quieres que pueda ser verdad semejante perfidia, tratándose de una persona como Fernando? ¿Cómo hubiera querido casarse contigo, si verdaderamente no te amase? Y amándote, como estoy segura que te ama, ¿es posible que sea capáz de engañarte?

BALBINA. Si, esas palabras son muy agradables, pero no me convencen...

MATILDE. Oh! qué incrédula estás! Pascual, ayúdame á convencerla.

PASCUAL. Al momento... Positivamente, Balbina, Matilde tiene razon, no debes desazonarte por esas habladurías de aquél... *imbécil!*... Lo pasado, pasó ya... ¡ qué demonio! Y si lo que fué, ya no és... y si fué, y no és... está claro que...

MATILDE. Cállate.

BALBINA. Eso quiere decir, que efectivamente, Fernando, ha tenido amores con aquella señora?

PASCUAL. No, yo no he dicho tal cosa. Yo quise decir, que aun cuando los hubiese tenido ¿qué mortal no ha tenido amores en el mundo? ¿Y esto impide, acaso, el poder ser despues un buen marido? Mira á Leonardo...

MATILDE. Leonardo, qué? (*Alarmada.*)

PASCUAL. Nada. (Ya la metí.) Leonardo es un modelo de esposos.

MATILDE. Ah! creí que... Oye, Balbina... (*Tratando de tranquilizarla.*)

BALBINA. Todo es inútil. No creeré más á Fernando, hasta tanto que me haya dado pruebas positivas é irrecusables de su completa inocencia... Ahora quiero estar sola, y llorar sola. (*Vase llorando á su cuarto.*)

MATILDE. (*A Pascual.*) Eres el hombre más hablador y más inconveniente que hay sobre la tierra.

PASCUAL. Pero, tengo yo la culpa?

MATILDE. Y aquella cabeza lijera, cuando se exalta, es capaz de cualquier locura... Es indispensable que busquemos un medio, la manera de arreglar este asunto.

PASCUAL. Sí, busquémosla.

ESCENA VI.

D. LEONARDO y DICHOS.

LEONARDO. (Todavía Pascual aquí! y solo con mi mujer!)

MATILDE. Combinemos juntos la manera... (*Sin ver á Leonardo.*)

PASCUAL. Sí, combinemos...

LEONARDO. (*Poniéndose en medio.*) Aquí estoy yo tambien. ¿Qué es lo que hay que combinar?

PASCUAL. (¡Santa María!) (*Asustado.*)

MATILDE. Llegas muy á tiempo.

LEONARDO. (*Mirando amenazante.*) (Me parece que sí.) Y tú, carísimo primo, ¿no tienes ocupacion alguna en todo el santo dia?

PASCUAL. (*Retirándose y no comprendiendo.*) Yo? De qué quieres que me ocupe?

LEONARDO. De tomar el aire, cuando menos. Este no es terreno de plantar raices...

PASCUAL. De plantar?... no entiendo!

LEONARDO. Quiero decirte, que tengo que hablar con mi mujer, y que necesito estar solo con ella.

PASCUAL. Entiendo, entiendo la indirecta, y me voy al momento. La manera de mandarme á paseo no me ha parecido la mas embozada, pero es sincera y espresiva, y ya conozco que entre primos

no deben gastarse cumplimientos. Adios, Matilde. Primo, hasta mas ver.

MATILDE. Pascual, dispensa; ya conoces el carácter de Leonardo...

PASCUAL. No, si estoy acostumbrado; todos mis amigos me tratan lo mismo; en cuanto les estorbo, me despiden, y yo no me ofendo... Ya sé que el onceno dice, no estorbar. Abur. (*Vase cantando.*)

MATILDE. Tratas muy mal á ese pobre diablo.

LEONARDO. Y tú demasiado bien. (*Bruscamente.*)

MATILDE. Y por qué? (*Sencillamente.*)

LEONARDO. (*Remedándola.*) Y por qué? y por qué? Porque una mujer no tiene nunca demasiada reserva para tratar á los jóvenes! Yo, gracias á Dios, no soy receloso, pero el mundo lo es; y la intimidad ó la familiaridad de una señora casada con ciertas gentes, con frecuencia se toma por coquetería!

MATILDE. Pero yo por razon alguna puedo admitir ni merezco semejante discurso. (*Picada.*)

LEONARDO. Este primo Pascual siempre le encuentro cerca de tí, cuchicheando... acompañándote á todas partes... permitiéndose. .

MATILDE. Un primo!

LEONARDO. Primo? detesto á todos los primos.

MATILDE. ¿Quién podria tener la osadía de pensar?... (*Ofendida.*)

LEONARDO. Si tú le recibieras con más severidad, no vendria con tanta frecuencia, y...

MATILDE. Basta. (*Con dignidad.*) Esta conversacion es indigna de tí, y de mí.

LEONARDO. Es muy digna de una cabeza lijera como la tuya!

MATILDE. Ah! Leonardo! Nunca me has hablado de esta manera!

LEONARDO. Pues ahora te hablo.

MATILDE. Debieras avergonzarte!

LEONARDO. Nunca he tenido por qué avergonzarme!

MATILDE. Hace ya algun tiempo que no te conozco. ¿Y quién sabe si el cambio que noto en tí tendrá alguna causa?

LEONARDO. Quien ha cambiado eres tú!

MATILDE. Oh, ya! Fué siempre una buena táctica

acusar á los demás para cubrirse uno mismo!

LEONARDO. Voto á... Sepamos, ¿qué es lo que querias combinar con Pascual?

MATILDE. (*Vacilando.*) Merecias que te lo ocultase...

LEONARDO. Sí, porque no te ocurre ahora de repente una ingeniosa invencion para engañarme...

MATILDE. Eres el hombre más desconfiado que existe en el mundo!

LEONARDO. Yo, desconfiado? Gran Dios! yo desconfiado? ¿Se puede oir esto con tranquilidad? Si no fuese por mi habitual carácter calmoso, llegarias á encolerizarme! (*Gritando.*) Pero quiero saberlo todo. Yo no soy un muñeco á quien se engaña con cualquier juguete! Repito que quiero saberlo todo... ola! (*Con fuerza.*)

MATILDE. Mira qué calmoso eres! Ah! si no te quisiese bien, te habia de dejar con tu intranquilidad y con tus dudas; pero para que te avergüences de tus ridículas é injustas sospechas, te diré que se trataba de Balbina y de Fernando, que el señor Pompeyo, en su visita, ha hablado inconsideradamente de Fernando delante de Balbina, y ha hecho nacer en mi hermana recelos acerca de su fidelidad para con ella: que por temor de que pudiesen sobrevenir mayores disgustos, al ver la desesperacion de Balbina, Pascual y yo tratábamos de combinar los medios para esclarecer á los ojos de Balbina la inocencia de Fernando. Estos son los secretos que teníamos. Ya ves ahora que no hay culpa en ninguno, y que tú, pensando mal, eres ridículo, injusto y cruel.

LEONARDO. Eso es exagerado! Pero, en fin, ¿qué dudas tiene Balbina? ¿Qué es lo que ha dicho Pompeyo de Fernando?

MATILDE. Ha hablado de la viuda de Pinedo, y ha dicho que Fernando tenia que ir esta noche al baile de máscaras del Liceo. Por lo demás, aquí viene Balbina; puedes interrogarla y saberlo todo por ella misma, porque en cuanto á mí, aun cuando la casa se hunda, no abriré mas mi boca: he dicho. (*Se va á sentar, incomodada, en el sofá.*)

ESCENA VII.

BALBINA y DICHOS.

LEONARDO. Vamos á ver, niña; ¿podremos saber á qué viene esa cara de despedir huéspedes? ¿Será posible que hayas dado crédito á las habladurías de aquel mentecato?

BALBINA. ¿Puede V. probarme que no sean verdad?

LEONARDO. Sí; hace mucho tiempo que Fernando no visita á aquella señora, y hoy se ha visto obligado y comprometido á dar su palabra de ir al baile, para poder librarse de una turba de amigos impertinentes que le asediaban con sus pesadas bromas; pero firmemente resuelto, por su parte, á no poner los piés en ese dichoso baile.

BALBINA. ¿Debo creerlo? (*Con recelo.*)

LEONARDO. ¿Tengo yo cara de inventar cuentos ni de proteger intrigas de mal género? Dentro de poco estará Fernando de vuelta, y no dudo que sabrá persuadirte de su sinceridad y de su inocencia.

BALBINA. ¡Fernando! ¿va á venir?

LEONARDO. Sí, le espero. Hemos salido juntos de casa de Ibarra, y me ha dejado un momento para ir á desempeñar cierta comision que tal vez no sea del todo extraña á tu persona...

BALBINA. Pero...

LEONARDO. Calla, oigo su voz. (*Mirando hácia el foro.*) Sí, aquí está.

ESCENA VIII.

FERNANDO y DICHOS.

LEONARDO. Venga V., Fernando. Durante nuestra ausencia han aparecido unas nubecillas en este horizonte, que si no se desvanecen pronto, amenazan un fuerte temporal... Balbina abriga dudas acerca de la fidelidad de V. para con ella.

FERNANDO. ¿Será posible, Balbina, que haya V. podido sospechar de mi amor y de mi lealtad?

BALBINA. Fernando!... (*Turbada.*)

FERNANDO. Sospechar de mí, que no tengo otro pensamiento que V., otra imágen en mi corazon que la suya! Balbina, ¿me creerá V. capaz de engañarla? ¿Me creerá V. capaz de mentir?

BALBINA. Ah! no. Pero, ¿qué quiere V.? Naturalmente, cuando más se ama, es cuando más se teme.

FERNANDO. Y ahora, teme V. todavía?

BALBINA. Ahora quedan desvanecidas todas mis dudas. (*Tendiéndole la mano.*)

FERNANDO. Entonces me permitirá V. que en presencia de su hermana y de su esposo le ofrezca mi primer recuerdo. (*Saca un estuche con un reloj de señora con cadena larga.*)

BALBINA. ¡Un reloj!

LEONARDO. Y esta ha sido la causa de su tardanza.

BALBINA. Oh que bonito, qué buen gusto. (*Sin cesar de mirar el estuche.*)

FERNANDO. Permítame V. que yo mismo se lo coloque. (*Le pone la cadena.*) Asi; Esta cadena sea de hoy más el símbolo de eterna union entre tú corazon y el mio!—Ah perdon! he usado el *Tú*!

LEONARDO. Ya puede V. usarlo, es corriente, está admitido.

BALBINA. Mira, Matilde, Te gusta? (*Enseñándole el reloj.*)

MATILDE. Muchísimo! (*Despues de mirarlo, Balbina se dirije á hablar con Fernando á un lado de la escena.*)

LEONARDO. (*A Matilde.*) (Ves? Ya se han firmado las paces entre los dos... y... nosotros, ¿no las firmanos?) (*Va á cojerle una mano.*)

MATILDE. Déjeme V. Estoy muy ofendida. No puedo perdonar. (*Se levanta y se dirije á su cuarto fingiendo gran disgusto.*)

LEONARDO. ¡Tiene un carácter, que yá, yá! Es muy capaz de ponerme mala cara una semana entera.... Pero, yo con mi dulzura sabré vencerla. (*Mirando su reloj.*) Fernando, no dejemos en olvido á mi socio. Vamos á escribir la carta...

FERNANDO. Si, puede V. empezar, que voy al momento.

LEONARDO. Está bien, espero á V. en mi despacho. (*Se entra en él.*)

ESCENA IX.

BALBINA y FERNANDO.

FERNANDO. Balbina, he querido quedarme solo contigo, para decirte otra vez, que te amo, como tú jamás podrás imaginarlo! y que no es solo mi presente, sino tambien mi porvenir el que te consagro: y nunca, oye bien lo que te afirmo bajo mi palabra de honor: nunca ha sentido mi corazon un afecto tan verdadero, tan profundo, y tan santo, como el que por tí siento en este instante. (*Besándole la mano.*)

BALBINA. Oh Fernando, ¡cuán feliz soy, al oirte hablar así!

LEONARDO. (*En la puerta del despacho.*) Fernando, hágame V. el favor de ver si tiene en su bolsillo, la carta á que debemos contestar. Se me figura que en casa de Ibarra se quedó V. con ella.

FERNANDO. Veré... (*Saca del bolsillo del pecho, un paquete de cartas y las mira, al registrar la que busca se le caerá, sin advertirlo, el billete que le dió Pascual en el primer acto, Balbina lo ve caer y disimuladamente le pone un pié encima.*) Ah, si, esta es... Tome V.

LEONARDO. Venga *(tomándola)* y no tarde V. en venir *(se entra.)*

FERNANDO. Al instante. Con que, Balbina mia? no mas dudas?

BALBINA. Nunca más; nunca. (*Turbada y sin moverse.*)

FERNANDO. Voy á redactar la contestacion á la carta que he dado á D. Leonardo, y vuelvo al instante á tu lado. Vida mia! adios. (*Fernando entra en el despacho, enviando un beso desde la puerta á Balbina.*

BALBINA. Vuelve pronto, te espero ansiosa.

ESCENA X.

BALBINA sola.

(*Despues de asegurarse, sin moverse, de que está sola, levanta del suelo la carta que tenia debajo del pié.*)

Balbina. Qué papel será este que se le ha caido? parece... es, una carta...? será de alguna mujer?... Oh, no, quiero devolvérsela, sin mirarla siquiera... hé hecho mal... *(pausa)* No tiene sobre... si la mirase... un poquito, qué mal habria? (*Mira si la observan y luego despliega la carta)*! Qué mala letra! (*leyendo*) «Tú me amas y yo te amo.» ¡Cielos! «Vivir sin tí, me es imposible. Tengo necesidad de verte, de estar contigo, de oir de tus labios tus abrasadoras palabras de amor.» ¡Ay! Dios mio! mi vista se ofusca... ánimo! (*leyendo*). «Te espero, por lo tanto, esta noche en el baile de máscaras del Liceo. Te espero como la flor espera al sol que sale.» Esto no se puede leer! (*leyendo*) Llevaré un dominó negro y un lazo de cinta color de fuego, prendido en el hombro derecho, y estaré, despues de media noche en el saloncito de descanso.» Oh! infeliz de mí! (*Se deja caer llorando en un sillon, despues de un momento se levanta resueltamente procurando serenarse.*) (*Pausa,*) Pero aquí no se trata de lágrimas, se trata de confundirlo y de vengarse! Mas cómo? Oh! que idea! Si pudiese sorprenderle? Si, querer es poder, quiero. El no podrá sospechar que yo pueda estar en el baile, y así obtendré una prueba clara de su perfidia... Pero debo ir con el traje y señas que le marcan en el billete, me tomará por la otra, y así lo sabré todo. (*Toca el timbre.*) Necesito ante todo *un* dominó... digo, *dos* porque no puedo ir sola... Quién me acompañará?... (*pausa.*) Sí, Leonardo, mi cuñado.

Criado. La señorita ha llamado?

Bolbina. Si. Vaya V. en seguida, y alquile, á cualquier precio, *dos* dominós, uno de caballero, y otro de señora: el de señora ha de ser indispensablemente negro! los traerá V. sin que nadie los vea, me los entregará V. á mi sola, y á nadie más, y no dirá una palabra á alma viviente.

Criado. Pero... señorita... (*Vacilando en obedecerle.*)

Balbina. Obedezca V.

Criado. Yo... no sé si debo......

Balbina. (*Comprendiendo porque duda.*) Lo manda así D. Leonardo, mi cuñado, él es quien me ha encargado esta comision.

CRIADO. Ah! siendo así, voy al momento. (*Sale.*)

BALBINA. Cuando Leonardo sepa lo que ocurre, no rehusará el acompañarme, estoy segura; Fernando viene... es forzoso disimular... ¡Dios mio! me siento hervir la sangre! no sé si podré contenerme. *(Se sienta en el sillon de la izquierda.)*

ESCENA XI.

FERNANDO y dicha.

FERNANDO. (*Muy alegre.*) Ya estoy de vuelta. He despachado lo mas pronto posible, para venir de nuevo á tu lado. (*Balbina le vuelve la espalda, él pasa al otro lado para poder verle la cara.*) Balbina, qué tienes?

BALBINA. Nada. (*El mismo juego que antes.*)

FERNANDO. ¡Dios mio! A qué viene ese cambio? Qué es esto? (*Balbina se dispone á partir.*) No me respondes?... Quiéres irte? Habla, Balbina.

BALBINA. Déjeme V. caballero,

FERNANDO. Caballero! Pero, en nombre de lo que más ames, Balbina, dime qué hay? dímelo?

BALBINA. Hágame V. el obsequio de no hablarme de tú.

FERNANDO. Pero, por qué? Que falta he cometido para merecer tan duro tratamiento?

BALBINA. Qué falta? eh? (*dominándose.*) Ninguna. Cá, si V. es incapáz de hacer nada malo!

FERNANDO. Al menos, á sabiendas, no y mil veces no. Acaso ha nacido otra nueva duda, durante mi ausencia? ¿Por qué te encuentro tan cambiada, en tan breve espacio? No te han convencido mis palabras, mis juramentos?

BALBINA. Oh! sus juramentos de V. Tienen un gran valor!

FERNANDO. En fin, sepamos, de que se me acusa? No me desesperes mas!

BALBINA. No tengo nada que decir, ni *quiero* tampoco décir nada.

FERNANDO. (*Ya picado.*) Nunca hubiera creido que tuviese V. un carácter tan lijero como caprichoso!

BALBINA. Nó me insulte V. caballero!

Fernando. Pero, no ves Balbina, cuánto sufro! (*Desesperado.*)

Balbina. Embustero!

Fernando. No sabes lo que te amo?

Balbina. ¡Infame!

Fernando. Y sabiéndolo, no te espongas á jugar de este modo, con mis penas, y mi amor!

Balbina. Su amor de V! Sí; es positivamente muy grande!

Fernando. Lo dudas?

Balbina. Yo le dispenso á V. el que me ame tanto!

Fernando. (*Resentido.*) Balbina, piense V. en lo que dice!

Balbina. No hablo sin pensar.

Ferdando. V. rechaza mi amor?

Balbina. Un amor... elástico!

Fernando. Olvida V. sus promesas?

Balbina. V. es quien las olvida.

Fernando. Pero, cómo puede V. decir esto?

Balbina. Tengo pruebas.

Fernnado. ¿Qué pruebas?

Balbina. (*Pausa.*) No quiero decirlas...

Fernando. Ah! Todo lo comprendo. Esta injustificada escena, es un medio *estudiado* para romper los compromisos que V. ha contraido conmigo, porque fueron falsos, porque V. no me ha amado nunca: pero me permitirá V. que la diga, que el medio es muy poco injenioso!

Balbina. No me ha obligado V. á ello?

Fernando. Yo?

Balbina. Sí, V.

Fernando. Basta ya: Sea: Salgo de esta casa para no poner nunca más los piés en ella...

Balbina. No será para V. una gran privacion.

Fernando. Es decir que todo está roto?

Balbina. Si, señor, todo (me voy á echar á llorar!) Aquí tiene V. su regalo. (*Se quita el reloj y lo entrega á Fernando.*)

Fernando. Me lo devuelve V. ? Bien .. mire V. (*lo tira.*) A V. deberé la infelicidad de toda mi vida; Pero no olvide V. que no encontrará nunca en el mundo un hombre que la ame, como ye la he amado. Adios para siempre. (*Se va desesperadamente.*)

BALBINA. Si, adios. Oh! cuán desgraciada he sido! ¡Todos son iguales! embusteros! mentirosos! (*Dejándose caer en la butaca, llorando.*)

ESCENA XII.

D. LEONARDO y DICHA.

LEONARDO. Qué ha ocurrido? me ha parecido oir...

BALBINA. ¡Ah! Soy muy desgraciada, y solo me resta morir! (*Echándose en brazos de D. Leonardo.*)

LEONARDO. ¡Diablo! Muchacha! (*Alarmado.*)

BALBINA. Pero V. que es tan bueno, me ayudará...

LEONARDO. ¿A morir? No por cierto, hija mia, no por cierto!

BALBINA. Fernando es un mónstruo, un traidor!

LEONARDO. Otra vez? Vamos, Balbina, no sienta bien en una jóven como tú ese carácter!

BALBINA. Tengo pruebas.

LEONARDO. Qué pruebas?

BALBINA. Este billete que se le ha caido del bolsillo en esta sala. Léalo V. (*Dándoselo.*)

LEONARDO. ¡Jesucristo! (*Despues de haberlo leido.*)

BALBINA. Eh! ¿qué me dice V. ahora?

LEONARDO. Digo, digo... ¿Pero estás segura que este billete sea de Fernando?

BALBINA. ¿No le digo á V. que yo misma lo he visto caer?

LEONARDO. ¿Pero y el sobre?

BALBINA. No tenia; pero no hay duda, es suyo.

LEONARDO. El caso es grave, sí, muy grave. Yo no soy celoso, pero aquí la evidencia salta á los ojos. Y á mí tambien me ha engañado! (*Estruja la carta en la mano.*)

BALBINA. Seguramente: ¡qué, si se está burlando de todo el mundo!

LEONARDO. Oh! Eso no será; de mí no se burla nadie impunemente! ¡Por vida de! No me saldré de mi calma habitual, pero... (*Se guarda muy marcadamente la carta que antes estrujó en el bolsillo del gaban.*)

BALBINA. ¿Que vá V. á hacer?

LEONARDO. A cojerle por el cuello y estrangularlo!

BALBINA. Eso no. Si dá V. á entender que todo lo hemos descubierto, ¿quién sabe qué nuevas mentiras inventará para aparecer inocente? ¿No seria mejor poderle sorprender esta misma noche y confundirlo?

LEONARDO. No piensas mal.

BALBINA. Todo lo tengo prevenido.

LEONARDO. ¡Tú! ¿cómo?

BALBINA. Me pondré un dominó negro, con la contraseña que se indica en el billete, y...

LEONARDO. ¡Cómo! ¿Quieres ir tú al baile?

BALBINA. Sí, y V. me acompañará.

LEONARDO. Eh? poco á poco... un momento... (*Sorprendido.*)

BALBINA. Ya he mandado por los dominós.

LEONARDO. (¡Demonio de chica!)

BALBINA. Nada le diremos á Matilde, porque seria capaz de oponerse.

LEONARDO. Así lo creo.

BALBINA. Yo pretestaré un fuerte dolor de cabeza y me retiraré temprano á mi habitacion. V. se irá á su despacho, diciendo que tiene que trabajar; á las once y media nos encontramos en esta sala y saldremos á la calle por esta escalera escusada. (*Señalando la segunda puerta izquierda.*)

LEONARDO. Pero ¿cómo diablos has concebido ese plan?

ESCENA XIII.

UN CRIADO con un lio, y dichos.

BALBINA. (*Al criado.*) Has hecho el encargo tal como yo te he mandado?

CRIADO. Sí, señorita, aqui está todo. (*Señalando el lio que trae en la mano.*)

BALBINA. Bien, lleve V. ese lio al despacho de don Leonardo.

LEONARDO. (¿A mi despacho?) (*Bajo á ella.*)

BALBINA. (Es el mejor sitio.) (*Bajo á él.*)

LEONARDO. (Esta chica tiene el diablo en el cuerpo!)

BALBINA. Con que al despacho, y cuidado con decir

una palabra. (*Al criado. Este entra con el lio en el despacho, y á poco atraviesa la escena sin él.*)

LEONARDO. Ahora permíteme que te haga algunas reflexiones.

BALBINA. No quiero oir nada.

LEONARDO. ¿No seria mejor que fuese yo solo?

BALBINA. No, no; quiero ir yo... lo quiero; aun cuando fuese preciso...

LEONARDO. Pero considera...

BALBINA. Y si V. me abandona, estoy resuelta, me escapo de casa, y me voy sola.

LEONARDO. Pero...

BALBINA. No hay pero que valga! No escucho nada: le espero á V. en esta sala á la hora convenida... á las once y media.

LEONARDO. Es que...

BALBINA. O me escapo!

LEONARDO. Eso no, eso no... (*Movimiento de Leonardo.*)

BALBINA. Lo dicho. A las once y media aquí, ó me escapo... ya está dicho. (*Se mete en el cuarto.*)

LEONARDO. Esta chica es el demonio!... El mismo carácter de mi mujer! Sin embargo, tiene razon; este billete es una prueba tal, que hasta yo mismo estoy indignado contra Fernando.

ESCENA XIV.

MATILDE y DICHO.

LEONARDO. Vienes á tiempo, tengo que hablarte.

MATILDE. ¿Qué se le ocurre á V.? (*Muy secamente.*)

LEONARDO. ¿Estás aun incomodada conmigo? Vamos, vamos, no sienta bien á una mujer bonita, como tú, el ser tan rencorosa... Convendré en que la culpa ha sido mia.

MATILDE. Ah! Lo confiesa V.?

LEONARDO. Bien, lo confieso. Pero basta ya de mala cara.

MATILDE. Cómo abusas de mi cariño, (*dándole la mano*) porque sabes que te quiero bien.

LEONARDO. (*Besándosela.*) Y yo á tí, eso sí! tambien lo sabes.

ESCENA XV.

CRIADO, despues POMPEYO y DICHOS.

CRIADO. El señor de Pompeyo suplica á la señora se digne recibirle.

LEONARDO. Otro importuno! Mándalo á paseo. (*A Matilde.*)

MATILDE. No, no conviene. Es un entremetido, que tambien á mí me fastidia, pero ya le he despedido antes con alguna dureza, y la urbanidad exige que ahora le reciba. (*Al criado.*) Hágale V. entrar. (*Vase el criado.*)

LEONARDO. (¡Que no pueda uno verse libre de estos necios!)

POMPEYO. Adorable Matilde, estoy á los piés de V. Señor don Leonardo, beso á V. la mano. (*Saludando y dando la mano.*)

LEONARDO. Gracias. (*Matilde indica á Pompeyo que tome asiento; todos se sientan.*)

POMPEYO. Espero, señora, que V. me dispensará el que haya vuelto á molestarla, pero estaba ansioso por saber cómo sigue su hermanita de V., Balbina; si está ya mas aliviada...

LEONARDO. Balbina? Pues sí... está bien...

MATILDE. (*Interrumpiéndole.*) Está mucho mejor; gracias por el interés.

CRIADO. Señor... (*Un criado que sale.*)

LEONARDO. ¿Qué hay?

CRIADO. El Sr. Ibarra, manda á decir, que si es á usted posible, se sirva pasar á su casa, pues le urge hablarle.

LEONARDO. Dile que voy enseguida. (*Sale el criado.*) Todo el dia me lleva y trae como á un zarandillo... ¡pobre hombre!

POMPEYO. Se trata, tal vez, de la desgracia que (*Se levantan todos.*) le ha sucedido con su hija?

LEONARDO. Si; Fernando y yó, estamos á punto de combinar un arreglo, para que el escándalo sea menor, si es posible, y espero un buen resultado; y con su permiso de V. voy á ver lo que ocurre de nuevo... Qué es... (*Al ir á tomar el*

sombrero tropieza con el reloj que tiró Fernando en el suelo; al fijarse en él, tambien lo hace Pompeyo y este es el que lo coje.)

POMPEYO. No se moleste V. Un reloj!... ¿De quién es este reloj de señora que está en el suelo? (*A Matilde.*)

MATILDE. ¿Un reloj?

LEONARDO. A ver? ¡Pues si és el que Fernando ha regalado á Balbina!

MATILDE. ¿Y cómo está en el suelo? y roto!

LEONARDO. Alguna rabieta de Balbina, es muy capaz! (*Sin reparar en que está Pompeyo oyendo.*)

POMPEYO. (Ola!)

MATILDE. Pues, qué ha ocurrido algo?

LEONARDO. (*Ahora repara en que Pompeyo está oyendo y hace señas á Matilde.*) No. no, nada. Guárdalo Matilde y mañana lo mandarás á componer. (*Entregándoselo á Matilde.*)

MATILDE. Si... dame un papel para envolverlo. (*Buscando donde envolverlo.*)

LEONARDO. (*Saca del bolsillo un papel, que es la carta que le dió Balbina.*) Toma... Ea, adios. Señor D. Carlos, con su permiso de V. voy á ver á Ibarra.

POMPEYO. Usted lo tiene. (*Leonardo saluda y sale por el foro. Pompeyo le acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA XVI.

MATILDE y POMPEYO.

(*Matilde despliega el papel para envolver el reloj, y naturalmente al ver algo en él escrito se pone á leer.*)

MATILDE. (¡Gran Dios! ¡Qué leo!) (*Sigue leyendo.*)

POMPEYO. (*Bajando al proscenio.*) ¿Qué, han tenido alguna cuestion?

MATILDE. (*Sin atenderle.*) (Ah! no cabe duda... la perfidia es cierta!)

POMPEYO. Se redobla mi sentimiento, si mi imprudencia ha podido ser causa del mas mínimo disgusto entre Balbina y Fernando! Pero yo le juro á V. que nada sabia del proyectado matrimonio!

MATILDE. No se hable mas de eso... (*Impaciente.*)

POMPEYO. Cómo V. quiera: ¿Y esta noche, vá V. al baile de máscaras? ¿Trata V. de embromar á algun conocido?

MATILDE. Yo? no voy.

POMPEYO. Vamos, me lo quiere V. ocultar? (*En tono de broma.*)

MATILDE. No, de veras que no voy.

POMPEYO. Es inútil que quiera V. engañarme. Lo sé todo. (*Con aire de seguridad.*)

MATILDE. Todo? Qué sabe usted? (*Sin comprender.*)

POMPEYO. Esté V. tranquila, que yo guardaré el secreto!

MATILDE. Pero, que secreto?

POMPEYO. He visto, hace poco, á su criado de V. ir por el dominó; yo estaba allí cuando fué por él.

MATILDE. Es posible?

POMPEYO. Usted lo sabe mejor que yo. (*Bromeando.*)

MATILDE. (Há mandado por un dominó? qué mayor prueba!!) (*Furiosa.*)

POMPEYO. Está V. algo agitada!

MATILDE. No me siento muy bien. (*Disimulando.*)

POMPEYO. Tal vez, el humo de la chimenea?

MATILDE. Acaso... (*Disimulando.*)

POMPEYO. Quiere V. aspirar un poco de colonia? (*Viendo un pomito que hay sobre la consola.*)

MATILDE. No, gracias, los olores fuertes me perjudican.

POMPEYO. Entonces la dejo á V. en libertad, y me retiro. (*Toma el sombrero.*) A los piés de V. Matilde, deseo que V. se alivie. (*Dándole la mano.*)

MATILDE. Gracias.

POMPEYO. (Aqui hay algun enredo gordo!) (*Saluda y sale.*)

MATILDE. Oh! estoy sofocada! Con que Leonardo me es infiel! me hace traicion? Si, no cabe duda. Volvamos á leer el billete. (*Lee.*) «Tú me amas» ¡pérfido! «y yo té amo»! Desvergonzada! «Vivir sin tí me es imposible!» ¡Canalla! (*Lee algunos renglones para sí.*) «Llevaré un dominó negro, y un lazo de cinta color de fuego, prendido en el hombro derecho, y te esperaré despues de las doce en el saloncito de descanso.» ¿Aqui se explica porque él ha mandado al criado en busca

de un dominó? ¡Y á mí me há negado ir al baile con tanta aspereza! Está claro! porque no le pillára con su cómplice... Si? veremos, impostor, quién vence en esta batalla? (*Toca el timbre con furia.*)

ESCENA XVII.

CRIADO y dichos.

CRIADO. Llama, la señora?

MATILDE. Si, ¿V. ha salido hace poco?

CRIADO. Señora... perdone V., pero no puedo decirlo. (*Cortado.*)

MATILDE. ¿Mi esposo se lo ha prohibido á V.?

CRIADO. Terminantemente.

MATILDE. Ha ido V. á buscar un dominó. Lo sé.

CRIADO. Ah! lo sabe V.?

MATILDE. (¡Era verdad!) Pues bien, vuelva usted á la misma casa, y traiga otro dominó para mi...

CRIADO. Para V.?

MATILDE. Si. Traerá V. *dos* dominós negros, uno para señora, y otro para caballero. (Haré que Fernando me acompañe.)

CRIADO. Pero... señora... si el amo...

MATILDE. Yo lo mando, ha entendido V.? (*Con tono imperativo.*)

CRIADO. Si, señora... (*Muy sumiso.*)

MATILDE. Los dos negros. Y vaya V. al momento; y los traerá usted bien tapados, que nadie los vea, y los dejará V. en mi gabinete.

CRIADO. Bien, señora.

MATILDE. Y sobre todo, silencio! Y principalmente que mi marido no sepa nada. Salga V. por aquella escalerilla escusada, para no ser visto. (*Vase el criado por la puerta escusada de la izquierda.*) Ah! quiero vengarme! La bilis me ahoga!

ESCENA XVIII.

D. LEONARDO por el fondo, y dicha.

LEONARDO. Estás sola Matilde? (*Desde la puerta.*)

MATILDE. El! (*Empieza á pasearse.*) Si, vén, acércate. (¡No sé quien me contiene que no le saco los ojos!)

LEONARDO. Pongo en tu conocimiento, que por fin hemos podido arreglar el asunto de Ibarra. El muchacho ha aceptado las proposiciones que le habíamos impuesto, y el padre consiente en recibir otra vez en casa á su hija y al raptor... Estoy contentísimo!

MATILDE. Y yo estoy furiosa! (*Paseando.*)

LEONARDO. Tú? y porqué? (*Siguiéndola.*)

MATILDE. Porque? porque (vamos no se como tiene cara!)

LEONARDO. Nunca te he visto un semblante tan demudado!

MATILDE. Y yo á V. nunca le habia supuesto con un alma tan negra!

LEONARDO. Que tengo el alma negra?

MATILDE. Sí, negra!

LEONARDO. Me guardas aun rencor? Eso está muy mal hecho. Comprendo que todo el mundo no puede mantener siempre aquella calma, que en mi es habitual, pero conservar el rencor tanto tiempo, es un defecto!..

MATILDE. Si, si yo no tengo mas que defectos. Solo V. posee todas las perfecciones, y todas las virtudes...

LEONARDO (*Empezando á incomodarse.*) Poseo al menos, la de tolerancia contigo.

MATILDE. Ah! ¿Es V. el que tolera?

LEONARDO. Me parece!..

MATILDE. Y yo? no tolero á mi lado á un pérfido?

LEONARDO. Matilde!

MATILDE. A un libertino?

LEONARDO. ¡Caramba! esto es ya demasiado! explicate de una vez, ó...

MATILDE. Quiere V. que me explique?

LEONARDO. Lo exijo.
MATILDE. Queria callar, queria disimular... pero ya no puedo... sepa usted, que...

ESCENA XIX.

PASCUAL y DICHOS.

PASCUAL. (*Entra apresuradamente*) Que ha sido eso? Como te encuentras, Matilde? Cómo está Balbina?
LEONARDO. (¡Este imbécil hacia falta!)
PASCUAL. (*Muy azorado.*) He encontrado á Pompeyo, el cual me ha dicho apresuradamente: Vengo de casa de D. Leonardo y no sé lo que habrá allí ocurrido. Porqué? le repliqué. Porqué á Balbina le ha dado un ataque de nervios, y Matilde se hallaba acometida de un fuerte dolor de cabeza. Echo á correr como un desesperado, y aqui estoy, esperando saber lo que sucede! Estás mejor? (*Ni Matilde ni Leonardo le han hecho caso.*)
LEONARDO. (*Siguiendo á Matilde que se ha puesto á pasear.*) Vamos, habla, oigamos esa terrible acusacion...
MATILDE. Es inútil, lo he pensado mejor; no diré una palabra.
LEONARDO. (*Encolerizado.*) Ah! ¿Con que no dirás una palabra? Y crees que yo toleraré!...
PASCUAL. Calma (*A Leonardo.*)
LEONARDO. Vete al diablo... Zascandil!.. (*Dándole un empellon.*)
PASCUAL. (Zascandil?)
LEONARDO. Señora!.. (*Gritando.*)
MATILDE. ¿Cree V. imponerme con sus gritos?
LEONARDO. Señora! (*Con fuerza y dirigiéndose á Matilde.*)
MATILDE. Caballero! que? (*Imitándole.*)
PASCUAL. Pero primos!... Matilde... (*Tratando de apaciguar.*)
MATILDE. Déjame en paz; (*Dándole un empellon.*) Tonto de capirote!
PASCUAL. No está mal capirote! (*Llevándose la mano á las narices*) pero tú Leonardo.....
LEONARDO. No me rompas... la cabeza... habrá titere!... Mira, Matilde...

MATILDE. Cuéntaselo á esta. (*Le pone una silla delante y se vá á su cuarto.*)

PASCUAL. ¡He llegado á buen tiempo! Já, já, já! (*tirándose en el sofá.*)

LEONARDO. (*Paseando.*) Pero se puede dar un lance igual? Qué será? alguna calumnia, que alguien le habrá dicho. Tú, tal vez? (*Cogiendo á Pascual por la solapa.*) ¡Si tal supiese! habla? Has sido tú capaz de inventar...?

PASCUAL. (*Asustado y retrocediendo.*) Yo soy incapaz de inventar nada, yo no invento nunca! te juro que no sé de lo que me hablas!

LEONARDO. Oh! Pero si ella cree abusar de mi bondad y de mi paciencia, se equivoca. La quiero bien, eso si, pero no soportaré tales caprichos! (*Mirando con fijeza á Pascual.*) No, no los soportaré; entiendes?... (*Amenazante.*)

PASCUAL. Pero si yo no digo lo contrario, hombre de Dios! Yo tampoco quiero que los soportes (*asustado.*)

ESCENA XX.

FERNANDO y dichos.

FERNANDO. (Estaba resuelto á no volver á poner los piés en esta casa, pero el corazon ha vencido á mi voluntad.) (*Dejando el sombrero.*)

PASCUAL. (Aqui tenemos á Fernando; ¡que aspecto tan taciturno!)

FERNANDO. Amigo D. Leonardo, buscaba á V.; tengo necesidad de sus consejos y de su amistad.

LEONARDO. (*Fuera de sí.*) Déjeme V; tambien está usted buen sacristan!

FERNANDO. Yo?... (*Sin poder explicarse tal salida.*)

LEONARDO. Ahora no estoy para usted!.. Y si no fuese por mi habitual calma que no me permite incomodarme, le diria á V. que me tiene muy disgustado, y que... ya hablaremos. Abur. (*se entra furioso en su despacho.*)

FERNANDO. (*Sin saber lo que le sucede,*) ¡Pero está loco ese hombre? ¡Faltarme de esa manera!! Oh! vive

Dios, que esto no lo tolero, y juro por mi honor que se ha de acordar de mi. (*Se pone á pasear.*)

PASCUAL. D. Fernando! (*Va detras de él.*)

FERNANDO. La ira me devora! (*Sigue paseando sin hacerle caso.*)

PASCUAL. Fernando! quisiera que me devolviera usted... (*Tirándole de la levita y siguiéndole.*)

FERNANDO. (*Volviéndose de repente.*) Qué me quiere usted? (*Con voz terrible*) piensa V. tambien faltarme? ¡Vive Dios!.. (*Apretando los puños.*)

PASCUAL. ¡Dios me libre!.. Yo solo queria que... me devolviese usted.....

FERNANDO. (*Sin atender.*) ¡Tengo necesidad de desfogar mi colera con alguno!.. (*Amenazante.*)

PASCUAL. Pero no conmigo! acepte V. este consejo, que es el de un verdadero amigo... no, conmigo, no.

ESCENA XXI.

MATILDE y dichos.

MATILDE. Fernando, está V. solo? (*Entreabriendo un poco la puerta de su gabinete.*)

PASCUAL. Sí, Matilde, está solo, digo solo, porqué yo no soy nadie, (y ahora menos.) Yo me marcho á escape de esta casa, corren aqui muy malos vientos! Au revoir. (*Váse por el fondo.*)

MATILDE. (*Bajando al proscenio.*) Necesito de usted. (*á Fernando.*)

FERNANDO. Ah! Matilde! estoy desesperado!

MATILDE. Y yo estoy furiosa!

FERNANDO. ¡Balbina, me hará perder la razon! D. Leonardo.....

MATILDE. Es un pérfido, un mónstruo! Pero caerá en mis garras!

FERNANDO. Yo necesito aclarar tanto misterio.

MATILDE. Esta noche lo descubriré todo!

FERNANDO. Si? de veras? Cómo! (*Con ansiedad.*)

MATILDE. Yendo al baile de máscaras; y V. me acompañará.

FERNANDO. Qué dice V.? Cómo?... (*Sin darse cuenta de lo que Matilde le propone.*)

MATILDE. Disfrazados los dos.
FERNANDO. ¡Eso es una locura!
MATILDE. No por cierto.
FERNANDO. Pero yo hablo á V. de Balbina... y V...
MATILDE. Y yo le prometo á V. que hará las paces con ella, pero que para esto es absolutamente indispensable que V. me acompañe al baile.
FERNANDO. Siendo así... (*Casi decidido.*)
MATILDE. Consiente V.?
FERNANDO. (*Despues de vacilar.*) Consiento.
MATILDE. Bien: á las doce me espera V. con la berlina en la puerta de esta calle; yo bajaré por la escalerilla escusada... Todo lo tengo dispuesto.
FERNANDO. Pero antes...
MATILDE. Ninguna observacion. Estoy decidida en último extremo á irme sola, y entonces de nada respondo. Con que, vendrá V.?
FERNANDO. Hablará V. á Balbina?
MATILDE Sí, y todo se arreglará.
FERNANDO. En ese caso vendré por V.
MATILDE. A las doce?
FERNANDO. A las doce. (*Se dan la mano y se separan.*)
MATILDE. Sin falta?
FERNANDO. Sí.
MATILDE. Yo me vengaré!... (*Entrando en su gabinete.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de descanso del baile de máscaras. Divanes, espejos, arañas, veladores. Máscaras de todas clases paseando por el fondo, alguna pareja sentada, alguno leyendo, música dentro.

ESCENA PRIMERA.

HIPÓLITO, ESTANISLAO, POMPEYO salen del fondo.

POMPEYO. La cena está encargada?

ESTANISLAO. Si, para las dos en punto.

POMPEYO. Cuantos serémos?

HIPÓLITO. Nosotros cuatro, con nuestras cuatro sílfides, ocho; Fernando y Pascual, diez, Domingo y Antenor, doce.

ESTANISLAO. No se si podremos contar con la seguridad de que venga Fernando?

HIPÓLITO. Nos lo ha prometido esta mañana en el café.

ESTANISLAO. Si, pero despues he sabido, que está para casarse, y ya vés que ni el lugar, ni la compañía son muy apropósito para un jóven abogado, esposo en ciernes!

POMPEYO. Si no es otro el inconveniente, Fernando puede venir.

HIPÓLITO. Esto quiere decir, que la noticia de su próximo matrimonio no fué verdadera?

POMPEYO. Yo no digo que no lo fuese...

HIPÓLITO. Pero puedes decir, que no lo es?

POMPEYO. Pst... pst... quien sabe! *(Como que lo sabe.)*

HIPÓLITO. Alto... Aqui se encierra algun misterio que

Pompeyo nos vá revelar! (*Las máscaras van desapareciendo por el foro izquierdo poco á poco.*)

POMPEYO. No contaré nada. Yo sé tambien ser discreto cuando conviene.

ESTANISLAO. Tu discreto?

HIPÓLITO. No te hagas el misterioso. Ese matrimonio se ha desecho? Está roto?

POMPEYO. Estoy casi seguro. El reloj que Fernando habia regalado á su prometida, yo le he recojido esta tarde del suelo, como si hubiese sido arrojado allí en un momento de cólera.

HIPÓLITO. Esto indica, que habrá tenido lugar una escena tempestuosa, despues de la cual, Fernando que es una pólvora, habrá mandado á paseo á la futura esposa y al matrimonio, por consiguiente.

POMPEYO. ¡Pues la niña, tiene tambien un carácter!... que yá yá...

HIPÓLITO. Pero el motivo de la crisis, no lo sabes tú, Pompeyo?

POMPEYO. Tal vez!... (*Con intencion.*)

HIPÓLITO. Y tendrás valor para callártelo?

ESTANISLAO. Serás tan cruel?

HIPÓLITO. Tan mal amigo?

POMPEYO. El motivo? celos.

HIPÓLITO. Ah! yá, Fernando tendrá algun otro devaneo! (*Con malicia.*)

ESTANISLAO. Haremos que Pascual nos lo cuente, él debe saberlo.

HIPÓLITO. Y á propósito de Pascual, quien de vosotros ha pensado en encargar á alguna de nuestras sílfides que desempeñe la parte de la belleza misteriosa que debe venir á la cita que hemos dado á Pascual? Yo, no.

POMPEYO. Yo, tampoco.

ESTANISLAO. Ni yo.

HIPÓLITO. Pues me gusta el olvido! voy á disponer...

ESCENA II.

FERNANDO y MATILDE con máscara puesta y dichos.

HIPÓLITO. (*Que iba á salir, se detiene al ver el dominó negro con el lazo color de fuego que lleva Matilde.*)

Pero, que veo? Una máscara con el traje tal cual yo lo describí en el billete!!

ESTANISLAO. Es verdad! Caso raro!

POMPEYO. Cosa mas particular! (*Sin saber ninguno explicarse lo que ven.*)

FERNANDO. Este es el salon. (*Bajo á Matilde.*) ¿No ha hablado usted con Balbina?

MATILDE. No, no la he visto antes de salir de casa.

HIPÓLITO. ¿Que aire tan gracioso tiene esa máscara?

POMPEYO. Lástima de moscon que la acompaña. (*Por Fernando.*) Voy á acercarme á ella. (*A los amigos.*)

ESTANISLAO. Si, á ver si la conoces?

FERNANDO. (Ah! aquí está el mala lengua de Pompeyo. El ha sido la causa de todo!... yo prometo que se acordará.) (*Bajo á Matilde.*)

MATILDE. (Tenga usted prudencia, se lo suplico!) (*Id.*)

POMPEYO. (*Acercándose á Matilde.*) Adios, linda mascarita!

MATILDE. (*Bajo á Fernando.*) (Alejémonos un momento, asi evitarémos... (*Vá á salir.*)

POMPEYO. (*Poniéndose delante.*) ¿Es asi, como respondes á mi saludo? Tu aspecto prometia hallar en ti una persona amable... y...

MATILDE. El tuyo, en cambio, promete hallar á un hablador, y confirma la promesa. (*Fingiendo la voz.*)

POMPEYO. Gracias.

HIPÓLITO. Brabo! bien respondido!

ESTANISLAO. Esta mascarita, te conoce.

POMPEYO. Quieres aceptar mi brazo? (*A Matilde.*)

MATILDE. No.

POMPEYO. Tendrias el mal gusto de dar la preferencia á ese ser mudo que te acompaña, que con su aspecto tétrico y lúgubre parece un inquisidor?

MATILDE. Si.

POMPEYO. Pero tus ojos chispeantes, que descubro á través de la máscara, me dicen lo contrario. Me dicen que buscas á alguno.

MATILDE. Si, como Diógenes...

POMPEYO. Estamos acordes: Diógenes buscaba un hombre...

HIPÓLITO. Y cada uno de nosotros pretende ese apelativo.

MATILDE. Pero olvidais que lo que Diógenes buscaba no puede encontrarse entre vosotros?

POMPEYO. Porqué?

MATILDE. Porque Diógenes, buscaba un hombre de talento, de ingenio... y creo que aquí no le encontraria... adios... (*Coje del brazo á Fernando y salen.*)

ESTANISLAO. Nos ha dejado pegados á la pared!

POMPEYO. Esta máscara no es de las que acostumbran á frecuentar estos bailes! (*Se van hacia el fondo.*)

ESCENA III.

PASCUAL por el foro derecha y dichos.

PASCUAL. (*Con el reloj en la mano.*) Son las doce y cuatro minutos y medio. Esta es la hora. Voy con el cronómetro. Me he retardado cuatro minutos, y en estos asuntos, la exactitud es el emblema de los galantes caballeros. Me he retardado, porque he querido apurar una botella de Champagne... Dicen que ese vino dá valor... Será asi, no lo dudo, pero lo que hasta ahora me ha dado, es un poquito de dolor de cabeza... y veo muchas lucecitas... uf... qué calor! uf!...

POMPEYO. (*Bajando del fondo.*) Ola! Aqui tenemos á D. Pascual!

PASCUAL. Buenos dias: mejor dicho, buenas tardes; no, mejor dicho, buenas noches... Aqui al menos se respira!.. En el salon hay una atmósfera! que sofoca.

ESTANISLAO. Has venido para respirar?..

HIPÓLITO. O para suspirar?

PASCUAL. Para... una cosa... y para otra. Os lo diré en confianza, como amigos, que lo sois, verdaderos. Tengo aqui una cita, y espero á una misteriosa mascarita, que debe venir á buscarme.

POMPEYO. Dirige la vista al fondo, allí hay un enjambre de mascaritas y mascarones... Qué contraseña tiene la incógnita, para poder distinguirla entre las masas?

PASCUAL. Es un secreto... Pero para los amigos, no tengo secretos... y ademas que descubriéndolo, podreis decirme si la habeis visto. Dominó ne-

gro, con un lazo de cinta color de fuego, prendido en el hombro derecho!

ESTANISLAO. La he visto no hace seis minutos.

PASCUAL. De veras? (*Con alegría.*)

ESTANISLAO. Es la máscara mas airosa que se ha presentado esta noche.

PASCUAL. De veras, eh! y dónde la habeis visto?

ESTANISLAO. Aqui.

PASCUAL. ¡Demonio! y se ha ido ya! (*Con disgusto.*)

ESTANISLAO. Nos ha dicho que buscaba á un hombre.

PASCUAL. Yo! (*Con satisfaccion.*)

ESTANISLAO. De ingenio, de talento....

PASCUAL. Yo! (*Con mucha importancia.*)

POMPEYO. Y después se fué...

PASCUAL. Hácia que parte?

POMPEYO. Por allí. (*Señalando al foro.*)

PASCUAL. Corro en su busca.

POMPEYO. Y yo me voy al salon. (*Pompeyo y Pascual salen por el fondo.*)

ESCENA IV.

Dichos y D. LEONARDO y BALBINA con máscara puesta, D. LEONARDO llevará el sombrero de copa puesto sobre el capuchon y una careta rara, vienen por el foro derecha y bajan al proscenio; HIPÓLITO y ESTANISLAO están agrupados al fondo mirando á las máscaras que por àllí discurren.

BALBINA. (*Bajo á Lèonardo.*) Te digo que hemos venido tarde.

LEONARDO. Yo digó que demasiado pronto, porque no debíamos haber venido... Te vió Matilde antes de salir de casa?

BALBINA. No, ya sabes que se encerró en su gabinete, y que no ha querido hablar con nadie.

LEONARDO. ¡Qué genio!... alli veo una multitud de conocidos.... vamos á tomar un palco, y desde alli... podremos ver. .

BALBINA. Cómo! Es este el punto de la cita, y quieres que nos vayamos? No me muevo de aquí.

LEONARDO. Bien, quedémonos, pero al menos vamos á sentarnos. (*Se sientan en un divan de la izquierda; se oye la música, las máscaras desaparecen por*

la izquierda que es donde se supone la sala de baile.)

HIPOLITO. (*En el fondo.*) Vamos á ver bailar?

ESTANISLAO. Vamos. (*Se vuelve hácia el proscenio y repara en Balbina que estará sentada en el divan al lado de D. Leonardo, Balbina á la parte del público ó sea á la izquierda de D. Leonardo.*) Ola! ola! (*al verla.*)

HIPOLITO. Qué?

ESTANISLAO. Mira, ¿Ves aquella máscara que está sentada?

HIPOLITO. Si, la veo, y que? pertenece á la eterna é invulnerable raza de dominós negros y silenciosos como el mármol del sepulcro.

ESTANISLAO. Pero fíjate en su hombre derecho. (*Señalando el lazo que lleva Balbina, color de fuego; igual al de Matilde.*)

HIPOLITO. ¡El lazo de color de fuego!

ESTANISLAO. Y no es la misma de antes.

HIPOLITO. Qué diablo será esto? No me lo explico! A ver si la oracion se vuelve par pasiva, y somos nosotros los burlados, en vez de ser los burladores! En fin... á ver si la conozco. (*Se acerca á Balbina.*)

BALBÍNA. (*Bajo á Leonardo y muy asustada.*) (¡Ay Dios mio! Esos jóvenes se acercan... y nos miran!... Qne me querrán?)

LEONARDO. (No hay que asustarse!) (*Bajo á Balbina.*)

HIPOLITO. Te diviertes mucho, bella mascarita?

BALBINA. (*Temblando.*) Sí... (Vámonos) (*á Leonardo.*) (*Levantándose y cojiendo el brazo de Leonardo como para huir.*)

LEONARDO. (No temas!) (*bajo.*)

HIPOLITO. Eres muy lacónica (*va á cojerle la mano.*) ¡Qué mano tan bonita!

BALBINA. Déjeme V. (*Huyéndola.*)

HIPOLITO. (¡Qué selvática!)

LEONARDO. Esta máscara no le conoce á V. y tampoco ve en V. nada que le interese. (*Finjiendo la voz, pero muy hueca y en tono muy brusco.*)

HIPOLITO. Probablemente, tú solo serás capaz de interesarla?

LEONARDO. Si, (*Muy seco.*)

HIPOLITO. Qué significa ese lazo que pende de tu hombro? Es alguna señal convenida? eh? (*á Balbina.*)

LEONARDO. Qué te importa? (*La misma voz hueca.*)

HÍPOLITO. Lo digo, porque hace poco, hemos visto aquí á tu compañera, que llevaba un lazo igual; pero aquella, al menos tenia mas soltura que tu en la lengua.

BALBINA. (*baio á Leonardo.*) (Oye V. Ya ha estado aquí aquella mujer!)

LEONARDO. (*A los jóvenes.*) Nosotros hemos venido aquí para divertirnos, y no para divertir á los demás! (*Con voz gruesa que parece que ladra.*)

ESTANISLAO. Ah! ja, ja,... pues divertirse mucho, divertirse mucho! (*Imitando la voz hueca de Leonardo.*) guau... guau... abur. (*Imitando al perro y burlándose, se dirijen al foro y se encuentran con Fernando.*)

ESCENA V.

FERNANDO con dominó y la máscara en la mano y dichos.

ESTANISLAO. Bravo! Por fin; aquí le tenemos?

BALBINA. (Fernando!)

HIPÓLITO. Muy bien, Fernando, has cumplido tu palabra! Cenarás con nosotros?

FERNANDO. No. He debido venir por cierta circunstancia particular; pero me es imposible acompañaros á cenar. (*Con cierta gravedad.*)

HIPOLITO. Entiendo, algun compromiso?

FERNANDO. He venido en busca de Pompeyo.

ESTANISLAO. Aquí ha estado con nosotros, hace poco.

FERNANDO. Queria hablar con él directamente, pero, puesto que te encuentro aquí, Hipólito, te suplicaré que desempeñes una delicada comision de parte mia. (*A los amigos.*) Con permiso, dos palabras, y al momento soy con vosotros.

ESTANISLAO. Como quieras... yo me voy al salon, hasta mas ver.

FERNANDO. Puedo contar contigo? (*A Hipólito.*)

HIPOLITO. Para qué?

FERNANDO. Pompeyo estando yo ausente, me ha difamado delante de Balbina y de su hermana..... Quiero que me dé una satisfaccion.

BALBINA. (*A Leonardo.*) Me parece que he oido mi nombre! (*Se acercan con precaucion á escuchar.*)

HIPOLITO. Luego es verdad que tu matrimonio está roto)

FERNANDO. Casi... pero no hablemos mas de eso.

BALBINA. (Oye V?) (*Bajo á Leonardo.*)

LEONARDO. (Calla!) (*Bajo á Balbina.*)

FERNANDO. Con que estás dispuesto á hacerme este favor?

HIPOLITO. Sabes que soy tu amigo verdadero, y siempre dispuesto por tí, á todo; pero si quisieses aceptar un consejo mio, renunciarias á tu proyecto, para evitar un escándalo mayor.

FERNANDO. No, es inútil querer disuadirme. Ve á buscarle al momento.

HIPOLITO. Voy, mas no pierdo la esperanza de hacerte variar de propósito. (*Vase y Fernando le acompaña hasta el fondo, donde se paran para hablar.*)

BALBINA. No puede ser mas claro. (*A Leonardo.*) No cabe duda que Fernando está aquí con aquella mujer! se han visto ya! Oh! Dios mio! Dios mio! (*Quitándose la careta.*)

LEONARDO. ¡Animo! no hay que desesperarse!

BALBINA. Me siento mal!

LEONARDO. No te pongas mala ahora, por Dios!

BALBINA. Me faltan las fuerzas! (*Vacilando.*)

LEONARDO. Vámonos á un palco... allí me esperarás, y yo buscaré el modo de atrapar al culpable. Déjalo á mi cargo, que yo te aseguro que no le tendré compasion!... Vamos, apóyate en mi brazo, (*Lo hace.*) asi ; ánimo, hija mia, ánimo! Yo te vengaré, si es culpable; ponte la máscara.

BALBINA. Todo ha concluido para mi! (*Salen por la izquierda, Estanislao deja á Fernando y se vá. Fernando vuelve casualmente la cara, y vé pasar á Balbina cuando se está acabando de poner la careta.*)

ESTANISLAO. Adios. (*Al despedirse de Fernando.*)

FERNANDO. Estoy soñando! Aquella jóven me ha parecido Balbina? Balbina aquí? Es imposible?... Quiero cerciorarme. (*Vase precipitadamente por donde se fué Balbina.*)

ESCENA VII.

PASCUAL, despues HIPÓLITO.

PASCUAL. No puedo más, estoy sudando á mares; corre por aqui, corre por allí, y no he podido dar todavía con mi máscara (*Mira el reloj.*) En el billete me decia: después de las doce, y vá á dar la una!... ¡Pero he sido un majadero! El punto de la cita era en esta sala, y yo no debí haberme separado de ella... ¿Y qué hago? aqui me quedo, aqui me incrusto, como un pretendiente á la puerta de un ministerio! (*Se sienta.*)

ESCENA VIII.

HIPÓLITO, LEONARDO después y dichos.

HIPÓLITO. Aun estás solo Pascual? Y tu incógnita? (*Aquí aparece Leonardo y oye ya.*)

PASCUAL. No la he podido encontrar, pero la culpa es mia; figúrate que recibo esta mañana un billete, en el que me daban una cita para aquí, á las doce... ¡Un billete delicioso! Te lo daria á leer, si lo tuviese conmigo, pero he querido enseñárselo á Fernando, y como es tan distraido, se puso á hablar con D. Leonardo, se lo guardó en el bolsillo, se quedó con él, y aun no me lo ha devuelto.

LEONARDO. (Que oigo!) (*Que ha oido todo el relato.*)

PASCUAL. Pues bien, yo en lugar de esperar á mi incógnita en esta sala, á la hora prefijada, llegué un poco tarde, y no encontrándola aquí, empiezo á dar vueltas por todo el teatro buscándola, y es muy fácil que estemos los dos jugando á la gallina ciega!

HIPÓLITO. Querido mio, el negocio se complica.

PASCUAL. Porqué?

HIPÓLITO. Porqué máscaras con dominó negro, y con lazo de cinta color de fuego, prendido en el hombro derecho, hay dos.

PASCUAL. Dos! Válgame S. Caralampio! Dos? Y qué hago ahora con dos?

HIPÓLITO. Nosotros las hemos visto aquí, en esta sala hace pocos momentos, primero vino la una, y despues la otra.

PASCUAL. Si hay *dos,* no comprendo como yó, no he encontrado, *una* siquiera... (*Leonardo le dá un golpecito en la espalda, Pascual se vuelve.*) Eh!... *una*! (*Muy alegre.*) No, *uno,* es un hombre!

LEONARDO. Dos palabras (*Llevándole aparte y fingiendo siempre la voz.*)

PASCUAL. Qué hay? (*Muy escamado.*)

LEONARDO. El billete de que hablabas estaba positivamente dirigido á tí?

PASCUAL. Positivamente. Pero y á usted que le importa?

LEONARDO. Mucho!

PASCUAL. (Me parece que conozco esta voz!)

LEONARDO. Con qué iba dirigido á tí?

PASCUAL. Si, señor, mire V. el sobre... ¿Y qué?

LEONARDO. Está bien. (*Despues de haberse cerciorado.*)

PASCUAL. Está usted satisfecho?

LEONARDO. Si. (*Se vá por el fondo.*)

PASCUAL. Me alegro, y espresiones á la familia. (Este ciudadano mascarón me puso algo escamaditis.)

HIPÓLITO. ¿Qué te queria? (*A Pascual: hablan bajo.*)

ESCENA IX.

MATILDE, con la máscara puesta y dichos.

MATILDE. (Fernando no vuelve, este es el sitio de la cita y no quiero abandonarlo.)

HIPÓLITO. Oh! mira, Pascual! (*Indicando á Matilde.*)

PASCUAL. Ah! finalmente, pareció! ¡Cómo me palpita el corazon! acerquémonos! ¡Vino de Champagne, á ti te invoco! á ti me recomiendo! infúndeme valor!) (*Acercándose.*) Gentil mascarita!...

MATILDE. (Este majadero!) Adios Pascual. (*Fingiendo la voz.*)

PASCUAL. (Sabe mi nombre! qué gusto!) Por fin te encuentro, por fin te veo!

MATILDE. Como, por fin?

PASCUAL. Si. Porque he corrido en pos de ti, toda la noche, buscándote por todas partes.

MATILDE. Me has reconocido?

PASCUAL. Por los latidos de mi corazon!

MATILDE. (Habrá tonto!) Pues bien, te suplico, que no me descubras!

PASCUAL. No temas, mi pecho será una tumba.

MATILDE. Me acompañarás?

PASCUAL. Hasta la eternidad.

MATILDE. No, hasta que llegue *uno* á quien espero.

PASCUAL. (Eh? hay otro *uno*! caracoles!)

LEONARDO. (*Que viene por el fondo.*) Pascual dijo la verdad, el billete era suyo, y ya veo que está con él la Lucrecia que le dió la cita... Pero... ¡que miro! aquel traje es el de mi cuñada Balbina! Esto quiere decir que en lugar de esperarme en el palco, este diablejo no ha tenido paciencia para aguardar.

PASCUAL. Ah! no perdamos tiempo mi adorada prenda! (*A Matilde.*)

MATILDE. Qué dice? (*Indignada y asombrada.*)

PASCUAL. Te amo furiosamente!

LEONARDO. Muy bien, bravísimo! (*Que ha oido las últimas palabras y se coloca en medio.*)

PASCUAL. (Otra vez este tio! Voy á tomar un palco y me me la llevo. (*Desaparece un momento por el fondo.*)

LEONARDO. (*Bajo á Matilde con su voz natural creyendo que es Balbina, y sin notar que Pascual ha salido.*) Porque te has salido del palco, y no me has esperado, segun habíamos convenido?

MATILDE. (Es mi marido! y me toma por su compañera! infame!) *Conociéndole por la voz natural.*)

LEONARDO. (Toma mi brazo, y vámonos al palco, alégrate, ya puedes ensanchar el corazon! (*Bajo á Matilde pero con su voz natural.*)

MATILDE. Miserable! te pillé! (*Cojiéndole de un brazo.*)

LEONARDO. Esa voz! quién eres?

MATILDE. Quien soy? Mira, perro! (*Con voz natural, se quita la careta y se la vuelve rápidamente á poner.*)

LEONARDO. ¡Mi mujer! tú aquí?

MATILDE. Si, yo, me basta ya con lo que he visto y he oido (*Muy rápido*)

LEONARDO. Voto á trescientas mil legiones de...! A mi me basta tambien!

PASCUAL. Ya le tengo, con que adorada mascarita... (*Acercándose á Matilde y trayendo el carton del palco.*)

LEONARDO. Contigo saltamontes, tengo que hablar. (*Volviéndose á Pascual y siempre finjiendo la voz*)

PASCUAL. Conmigo? Yo... ay!... ay! no apriete usted tanto? que me lastima usted, (tiene unos dedos que parecen garfios!)

MATILDE. (Ahora, ya sé lo que debo hacer.) (*Aprovechando el momento que Leonardo está hablando con Pascual, hecha á correr y desaparece*).

LEONARDO. Se me escapa!.. Corro en su busca (*A Pascual.*) Contigo ajustaré cuentas dentro de poco! (*Sale en busca de Matilde.*)

PASCUAL. Pero ¿qué diablos quiere decir todo esto? ¿Qué le ha dado á este mascaron?

HIPÓLITO. Y bien, ¿qué tal? ¿qué ha pasado? (*Bajando al proscenio y viene del foro izquierdo.*)

PASCUAL. Que no entiendo una palabra de lo que me está sucediendo... Empezaba á marchar perfectamente el diálogo con mi incógnita mascarita, cuando de repente se presenta en medio de nosotros un mascaron, la dice no sé qué... y pst... desaparece... dejándome con la palabra en la boca...

HIPÓLITO. Es fácil comprender que aquel mascaron estaria celoso...

PASCUAL. Tú crees?...

HIPÓLITO. Que era el marido, de seguro, já, já, já.

PASCUAL. Demonio! Percibo un olor á palos, que Dios me asista!

ESCENA X.

BALBINA con la máscara puesta y DICHOS.

BALBINA. (Leonardo no vuelve, y yo no tengo más paciencia para esperarle metida en aquel palco!

PASCUAL. Ah! (*Viendo á Balbina.*) La otra!

BALBINA. (Allí está Pascual; haré que me acompañe.)

PASCUAL. (¿Cuál será de las dos la que me ha escrito

el billete? Lo mas probable es que sea esta, puesto que no tiene mascaron que la acompañe. Voy á hablarla... Ah! ella misma viene á buscarme.) (*Balbina se dirige hácia Pascual.*)

BALBINA. Pascual! (*Fingiendo la voz.*)

PASCUAL. Aquí estoy. Hace ya casi una hora que te estoy esperando, mascarita de mi corazon! Tu billete decia despues de las doce, y yo á la hora precisa estaba aquí...

BALBINA ¿Mi billete? ¿Qué billete? (*Sin comprender.*)

PASCUAL. Qué billete? El que tú me has escrito, aquel en que me dabas una cita en esta sala. Lo sé de memoria: «Tú me amas.» Ah! es verdad. «Y yo te amo.» Oh! esta confesion por parte tuya me hace feliz! «Te espero esta noche en el baile del Liceo.» Te espero, como el sol que espera... no, como la flor espera... espera... no me acuerdo qué es lo que la flor ó el sol esperan, pero esto es material: el caso es que yo te esperaba.

BALBINA. (Esta es la carta de Fernando.)

PASCUAL. El billete terminaba así: «Llevaré un dominó negro y un lazo de cinta de color de fuego prendido en el hombro derecho... El dominó es este; el lazo, helo aquí; por consiguiente no cabe duda alguna acerca de la identidad del individuo...

BALBINA. Pero es que aquel billete no era para tí. (*Fingiendo la voz.*)

PASCUAL. ¿Cómo que no era para mí? El sobre decia: «Al Sr. D. Pascual Corzo.» Y yo soy Pascual Corzo aquí y en América. Fué un criado á llevármelo al café. Mira, aquí está el sobre. (*Enseñándoselo.*)

BALBINA. Entonces no era para Fernando?

PASCUAL. Pero qué tiene que ver Fernando? Oh!... ya lo entiendo! Tuve la debilidad de enseñar aquel billete á Fernando; este, distraido, se quedó con él, y el muy tonto habrá tenido la audacia de irse jactando de que era para él! Pero tú que lo has escrito, puedes mejor que nadie saber la verdad.

BALBINA. Ah! asi todo se explica.

PASCUAL. Todo! y qué es todo?

BALBINA. Fernando es inocente?

PASCUAL. Inocentísimo... pero, de qué?

BALBINA. Y yo he podido creer...

PASCUAL. Qué cosa?
BALBINA. Oh! qué alegría! tú me has quitado un gran peso!
PASCUAL. Pues me alegro mucho! Así estarás mas lijera! (Pero qué peso seria?)
BALBINA. Sin embargo, él está aquí...
PASCUAL. ¿Quién?
BALBINA. Fernando... ¿Y por qué habrá venido?
PASCUAL. Oye, mascarita, si me has dado la cita para háblarme de Fernando...
BALBINA. Cállate, y acompáñame hasta mi palco.
PASCUAL. Ah! asi estamos de acuerdo. Toma mi brazo; vamos al palco. (Ay! allí... allí! en el palco!) (*Balbina toma el brazo de Pascual y salen por la izquierda.*)

ESCENA XI.

FERNANDO por la derecha del foro y DICHOS.

FERNANDO. He recorrido todo el baile y no me ha sido posible el verla... Ah! allí va... sí: el dominó negro y el lazo; y aquel hombre que la acompaña es Pascual! Voy... (*Vá á dirigirse á ellos, pero al mismo tiempo llegan Estanislao, Hipólito y Pompeyo, y le detienen.*)

ESCENA XII.

ESTANISLAO, HIPOLITO, POMPEYO y DICHOS.

HIPÓLITO. Oye, Fernando!
FERNANDO. Dejadme ahora... (*Queriendo desasirse.*)
HIPÓLITO. Aquí tienes á Pompeyo, el cual siente en el alma lo ocurrido y viene dispuesto á darte cuantas explicaciones le exijas.
FERNANDO. Ahora no tengo tiempo. (*Impaciente.*)
POMPEYO. Amigo, Fernando, crea V. que me pesa cuanto...
FERNANDO. Mas tarde....
POMPEYO. En dos palabras, explicaré...

FERNANDO. Dejadme ahora (*Logra evadirse, y sale por donde se fué Balbina.*)
POMPEYO. Pero qué tiene... qué le sucede?
HIPOLITO. Evidentemente, algo grave le preocupa. (*Se dirigen al fondo.*)

ESCENA XIII.

PASCUAL y DICHOS.

PASCUAL. Vengo desesperado! La dichosa mascarita, apenas llegamos á la puerta del palco, suelta mi brazo, echa á correr, dá un portazo, pum! se encierra por dentro, y me deja en el corredor con las narices aplastadas y la boca abierta; (*se toca las narices con el pañuelo.*)
HIPOLITO. Ola! Pascual! ¿has abandonado tu conquista? (*Bajando*)
PASCUAL. Si por ahora...
POMPEYO. Y á buen tiempo: Por causa de V. he tenido un disgusto con Fernando, y he recibido poco menos que un insulto! (*Con gravedad.*)
PASCUAL. Por causa mia? Vamos esto no se puede resistir!
POMPEYO. Sí, por causa de V. Usted me ha permitido decir ciertas palabras esta mañana delante de sus primas... sin advertirme...
PASCUAL. Y si V. es un imprudente, que culpa tengo yo? (*Sencillamente.*)
POMPEYO. Imprudente yo? Crée V. que toleraré el que me falte un ente como V? (*Encolerizado.*)
PASCUAL. Pero hombre,... si... yo... (*asustado.*)
ESTANISLAO. Basta de cuestiones, por Dios! la cosa no vale la pena (*Mediando.*)
POMPEYO. Entienda V. que soy muy capaz de tirarle por un balcon.
PASCUAL. Vamos; es V. un loco!
POMPEYO. Y V., un imbécil!
PASCUAL. ¿Me lo dice V- de broma?
POMPEYO. No: repito que es V. un imbécil.
PASCUAL. (Canastos! es la segunda vez que me lo ha dicho.) Señores... (*Con cierto aire de audacia.*)

Hipolito. Vamos Pompeyo... entre amigos! (*Tratando de evitar.*)

Pascual. Es, que...

Estanislao. La música empieza, se vuelve á bailar, vámonos al salon. Esto se acabó. (*Se oye la orquesta del baile.*)

Est. é Hipol. Vamos, Pompeyo, Vamos: (*Cojen á Pompeyo del brazo y se lo llevan con ellos al salon.*)

Pascual. Sí, llevárselo... llevárselo... Despues me hubiera pesado el haber cometido con él un disparate! Porque aun cuando yo soy muy amante de la paz, y enemigo de los que por cualquier tonteria, se complacen en irse á hacer abujerear el pellejo; sin embargo, cuando me apuran, soy temible, muy temible! Yo me conozco! (*Se sienta en un Divan.*)

ESCENA XIV.

LEONARDO con la máscara puesta, y PASCUAL.

Leonardo. Quieto! (*Poniéndose delante de Pascual que estará sentado. Leonardo siempre fingiendo la voz.*)

Pascual. Mas quieto? ¿me parece que no puedo estar mas quieto?

Leonardo. Me reconoces?

Pascual. Me parece que sí, y me parece que no.

Leonardo. Bien.

Pascual. Mál, digo yo.

Leonardo. Yo haré que me conozcas.

Pascual. Lo mismo me importa; no tengo necesidad de conocer á nadie : yo mismo no me conozco.

Leonardo. Siendo tan imbécil, se comprende!

Pascual. Otra vez! Y van tres! Caballero.., (*Levantándose.*)

Leonardo. Lo soy.

Pascual. Usted, me conoce? (*Con cierta audacia afectada.*)

Leonardo. Tan presuntuoso, como imbécil!

Pascual. ¡Cuatro!

Leonardo. Mi primera idea fué darte una paliza...

Pascual. Eh! Ha hecho V. bien en desistir de esa idea. (*Apartándose.*)

LEONARDO. (*Cogiéndole por el brazo.*) Pero soy mas decente, quiero hacerte un honor, que no mereces; me batiré contigo.

PASCUAL. Renuncio ese honor!

LEONARDO. Mañana nos batirémos.

PASCUAL. Mire V.... vángase V. á cenar conmigo... allí le explicaré á V.... Yo pago, se entiende!

LEONARDO. Mañana nos batirémos! (*Sin hacerle caso.*)

.PASCUAL. (*Fuera de sí.*) Pues se batirá V. solo, yo no me bato ni mañana ni pasado mañana, ni el año que viene, ni nunca. ¡Basta de broma! Pues ni que me hubiera vuelto loco, para dejarme desmondongar, sin saber porqué ni para qué!...

LEONARDO. Ah! no sabes por qué? (*Sacudiéndole el brazo.*)

PASCUAL. No señor, Pero...

LEONARDO. Ni una palabra. Mañana por la mañana le espero á V., con las armas que elija, á las siete en punto, junto á las tapias del cementerio. ¡Si eres tan cobarde que faltas á la hora! guai de tí! (*Con acento terrible y sale.*)

PASCUAL. ¡Guai de mí! ¡Si soy tan cobarde que falto á la hora, guai de mí!... ¡Y elije el cementerio! para poderme enterrar con mas comodidad, despues de muerto! ¡Y pensar que ni siquiera sé quién es aquella mujer! que no le he tocado ni la punta de un dedo!... Ay!... me siento malo! Estoy decidido: planto el baile, la cena, y me voy á mi casa á meterme en la cama! Ya tengo calentura! (*Va á salir y Fernando le detiene.*)

ESCENA XV.

FERNANDO. Por fin le encuentro á V.! (*Con energía.*)

PASCUAL. Querido Fernando, el cielo es quien le envia!...

FERNANDO. Ah! sí? (*Con ira reconcentrada.*)

PASCUAL. Necesito de V., de sus consejos y de su amparo!

FERNANDO. (*Estallando.*) Y yo necesito matarle á V.

PASCUAL. Uf!... Qué! (*Dando un salto.*)

FERNANDO. No grite V.!

PASCUAL. No gaste V. esas bromas!

FERNANDO. Bromas! Míreme V. la cara... Traidor! (*Con gesto amenazador.*)

PASCUAL. Misericordia! Este hombre está loco!

FERNANDO. Estoy furioso! ¿V. ha creido poder engañarme impunemente?

PASCUAL. Yo?

FERNANDO. Burlarse de mí?

PASCUAL. D. Fernando! (*Sin saber lo que le sucede.*)

FERNANDO. Y ha tenido V. el atrevimiento de enseñarme, á mí mismo, el billete en que le daba á V. una cita para este baile?

PASCUAL. No creia que en eso hubiese nada que pudiese ofenderle á V.

FERNANDO. No? eh? Vive Dios! ¡No sé quien me contiene, que... (*Amenazándole.*)

PASCUAL. (¡Este me rebienta!)

FERNANDO Pero esto no acabará así, no.

PASCUAL. Escúcheme V...

FERNANDO. No escucho; lo sé todo!

PASCUAL. Pues sabe V. mas que yo, porque yo puedo jurar á V. que no sé nada.

FERNANDO. Bien; mañana por la mañana, á las siete, le esperaré á V., con sus testigos y con las armas, junto á las tapias...

PASCUAL. Del cementerio? (*Recordando.*)

FERNANDO. Bien, si, del cementerio.

PASCUAL. (Como el otro! Los dos quieren dejarme enterrado!)

FERNANDO. Y si V. es tan vil que falta á la hora, ¡guay de V.! (*Vase.*)

PASCUAL. Las mismas palabras del otro! Quién entiende este lio? Y yo, entretanto, me encuentro metido en dos desafíos! Pobre de mí! Y si escapo del uno, el otro me ensarta, de seguro! Quién diablos me metió en aventuras amorosas! Y de fijo uno de los dos me escabecha!

ESCENA XVI.

POMPEYO, ESTANISLAO, HIPÓLITO y DICHO.

HIPÓLITO. Lo que es yo, francamente, me siento ya con apetito, y si la hora de la cena se adelantase, me alegraria extraordinariamente!

ESTANISLAO. Y yo. Ya es cosa sabida, que de estas fiestas el único goce real y positivo es la cena!

HIPÓLITO. Y tú, Pascual, estás dispuesto á llenar tu parte cumplidamente?

PASCUAL. Yo? Ah! no me hableis de cena, ni de alegría... ni... (*Desencajado.*)

HIPÓLITO. Cómo es eso! Te atreverias á faltar?

PASCUAL. Me voy á la cama. Estoy malo... Tengo que ir mañana al cementerio!

ESTANISLAO. Y es verdad que tiene la cara desencajada!

HIPÓLITO. Estás blanco como la cera. Qué tienes?

PASCUAL. Me han desafiado!

POMPEYO. Un duelo?

PASCUAL. No.

TODOS. Ah! Creimos...

PASCUAL. Dos.

TODOS. Dos?

PASCUAL. Sí. Dos sepultureros que se disputan el cadáver.

POMPEYO. Quién?

PASCUAL. El uno es Fernando.

POMPEYO. Fernando!

ESTANISLAO. Y el otro?

PASCUAL. El otro, un incógnito... un mascaron! (*Al volver la cara se encuentra con D. Leonardo.*) Gran Dios! Aquí está... el mascaron!)(*Se oculta entre los amigos.*)

ESCENA XVII.

D. LEONARDO, BALBINA con máscara y DICHOS.

LEONARDO. (*En el fondo izquierda.* Volvámonos á casa, puesto que estás ya cierta de la inocencia de Fernando.

BALBINA. Casi. Pero quisiera saber por qué ha venido al baile.

LEONARDO. Yo tambien necesito ir pronto á casa, porque he adquirido la certeza de una cosa que nunca hubiera sospechado!

BALBINA. Qué? (*Siguen hablando por lo bajo.*)

PASCUAL. Puesto que parece que el mascaron está ya

de acuerdo con aquella mascarita, ¿por qué quiere armar camorra conmigo? ¡Ay, Dios mio! (*Viendo á Matilde y Fernando que vienen del fondo derecha.*) Allí está tambien la otra mascarita, y acompañada de su correspondiente quídam... Estoy completamente entre dos fuegos! (*Se retira al fondo con sus amigos.*)

ESCENA ÚLTIMA.

FERNANDO MATILDE y DICHOS.

(*Las dos señoras quedan paradas la una enfrente de la otra, mirándose fijamente.*)

MATILDE. (Ah! mi marido! me dan unos deseos de arrancar la careta á esa desvergonzada!) (*mirando á Balbina se lo dice á Fernando cuyo brazo tiene cogido.*)

FERNANDO. (Balbina con un hombre; oh ya sabré quien es.)

LEONARDO. (Aquella es mi mujer; no tengo duda; pero yo crei que se habia ya ido á casa!)

FERNANDO. Caballero! (*á Leonardo soltando el brazo de Matilde.*)

LEONARDO. Caballero! (*á Fernando soltando á Balbina.*)

FERNANDO. Tendria usted, inconveniente en descubrirse?

LEONARDO. Yo, ninguno. (*Se descubre.*) Y usted?

FERNANDO. D. Leonardo! (*quitándose su careta.*)

LEONARDO. Fernando! Pero como está usted aquí con Matilde? (*bajo.*)

FERNANDO. (Y usted con Balbina) (*bajo.*)

LEONARDO. Balbina sospechaba de usted, á causa de aquella carta que usted tenia y que era del imbécil de Pascual. (*estas últimas palabras en alta voz.*)

PASCUAL. Quién me llama? (*que estaba en el fondo.*) Qué veo! Leonardo! Eres tú el que....

LEONARDO. (Silencio) (*á Pascual.*)

PASCUAL. ¿Por qué me ha desafiando usted? (*á Fernando.*)

FERNANDO. (Silenció!)

BALBINA. (*quitándose la máscara.*) Y yo no tendré mas sospechas, si me dice usted, quién es esa máscara á quien usted acompaña? (*á Fernando.*)

MATILDE. Soy yo! (*quitándose la máscara.*)

BALBINA. Mi hermana!

PASCUAL. Matilde! Balbina! Todos nos hemos dado cita!

LEONARDO. (*á Matilde.*) Me explicarás como te encuentro aqui?

MATILDE. Por esta carta que me diste para envolver el relój de Balbina y que yo supuse que era para ti. (*enseñándola.*)

LEONARDO. La carta que me habia dado Balbina. (*mirándola.*)

FERNANDO. Si, el billete de Pascual! (*lo mismo.*)

LEONARDO. Ya estás viendo Matilde, á lo que expone el ser celosa.

MATILDE. Pues hijo mio, aplícate el cuento.

LEONARDO. Bien, bien. No se hable más. Cambiemos de dama. Fernando ofrezca usted el brazo á Balbina que yo tomo el de mi mujer. (*ejecutándolo.*)

POMPEYO. (*que baja del fondo con los amigos y repara en Matilde y Balbina.*) Ola! Estamos en pais conocido! Ah! Matilde, negó usted con tanta naturalidad que vendría al baile, que llegué á creerlo.

PASCUAL. Pero en último resultado, yo soy la víctima, porque despues de tantas peripecias, aun no he podido encontrar á la misteriosa belleza que me escribió el billete!

HIPÓLITO. Y lo creo dificíl, porque ese billete, yo lo escribí.

PASCUAL. Tú!... si ya lo sabia. (*tratando de finjir.*)

TODOS. Lo sabia..... já já... (*burlándose.*)

PASCUAL. Y los desafios?

LEONARDO. Una broma de Carnaval!

PASCUAL. Me lo figuré; pero son bromas expuestas; porque si yo no hubiese dominado mi carácter, podiais haber tenido que sentir! ¡Yo tengo mi genio (*dándose importancia.*) y....

LEONARDO. Quien lo duda! (*en tono de burla.*) Puesto

que todo ya está arreglado, vámonos á casa. (*disponiéndose á partir.*)

PASCUAL. Alto. Un instante..... Háganme ustedes el favor de explicarme un poco mejor este negocio, porque tengo una confusion tal en mi cabeza que no comprendo una palabra!

LEONARDO. Es muy sencillo.
¿Hás visto alguna vez una pompa de jabon? aquellas que hacen los muchachos, soplando con un canuto de caña?

PASCUAL. Ya lo creo, muchas.

LEONARDO. Pues bien; parecen una gran cosa, verdad? se llenan... se llenan... (*imitando como se llenan.*)

PASCUAL. Si, si.

LEONARDO. Sopla fuerte; puf. (*ademan de soplar.*) se deshacen, y no queda nada...... Lo mismo ha sido cuanto aquí ha pasado puf,... y nada.... (*se van los cuatro.*)

PASCUAL. Ah! si? Puf... y... ya lo entiendo.

LOS AMIGOS. (*A Pascual.*) No comprendemos nada......

PASCUAL. Pst.. Pst. (*Pascual llama á los amigos al ver que se ván y los coloca al rededor suyo, y con gran importancia les dice.*) ¿Habeis visto alguna vez, una gran pompa de jabon? de esas que hacen los chicos con un canuto de caña.....

TODOS. Si, si.

PASCUAL. Pues, se llenan..... se llenan..... y.... soplad fuerte; puf,... y.. nada... (*al público*) ya lo oyen ustedes... puf... y... *nada, nada.*

FIN DE LA COMEDIA.